



Advierto Fantástico



Adviento Fantástico

Antología de obras fantásticas navideñas

- * Talita Isla * Vania T. Curtidor * Elisa Álvarez Pastor * Carla Plumed *
* Teresa Plaza García * Virginia Orive de la Rosa * Ignacio J. Borraz *
* David Fernández Vaamonde * Penélope Fernández *
* Andrea Valeiras Fernández * Yolanda Fernández Benito *
* Daniel Pérez Castrillón * Andrés Granbosque * Alicia Arias Acuyo *
* Marta Inés Rodríguez * Isabel Pedrero * Irene Falcón González *
* Elena Nozal Moralejo * Elena Torró * Celia Corral-Vázquez *
* Mireia Pérez Bauza * Laura Souto * Ariadna Sanz * Beatriz Alcaná *
* Ana Saiz *

Copyright 2024 © de las obras: Talita Isla, Vania T. Curtidor, Elisa Álvarez Pastor, Carla Plumed, Teresa Plaza García, Virginia Orive de la Rosa, Ignacio J. Borraz, David Fernández Vaamonde, Penélope Fernández, Andrea Valeiras Fernández, Yolanda Fernández Benito, Daniel Pérez Castrillón, Andrés Granbosque. Alicia Arias Acuyo, Marta Inés Rodríguez, Isabel Pedrero, Irene Falcón González, Elena Nozal Moralejo, Elena Torró, Celia Corral-Vázquez, Mireia Pérez Bauza, Laura Souto, Ariadna Sanz, Beatriz Alcaná, Ana Saiz

© de la edición Adviento Fantástico

© Corrección y maquetación Adviento Fantástico.

Cubierta diseñada por Adviento Fantástico con recursos de Canva y Flaticon.com (Umeicon).

<https://www.advientofantastico.org>

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin autorización previa y por escrito del titular del copyright.

Para quienes han seguido el Adviento Fantástico día tras día.

Para quienes se pegan el atracón de última hora.

Para quienes disfrutan los géneros fantásticos todo el año.

ÍNDICE



<i>Prólogo</i> , David Fernández Vaamonde	8
1. <i>Adviento</i> , Talita Isla	10
2. <i>El búnker</i> , Vania T. Curtidor	13
3. <i>La magia de la Navidad</i> , Elisa Álvarez Pastor	17
4. <i>Navidarrgh</i> , Carla Plumed (Cafedetinta)	20
5. <i>Una visita por Navidad</i> , Teresa Plaza García	26
6. <i>Negro navideño</i> , Virginia Orive de la Rosa	29
7. <i>Mucha imaginación</i> , Ignacio J. Borraz	32
8. <i>Tío Willy</i> , David Fernández Vaamonde	35
9. <i>Sinterklaas</i> , Penélope Fernández	39
10. <i>Luces en el bosque</i> , Andrea Valeiras Fernández	42
11. <i>Noche de Reyes</i> , Yolanda Fernández Benito	45
12. <i>Tanto de el Grinch como de Mariah Carey: Literatura navideña, una lista</i> , Daniel Pérez Castrillón	48
13. <i>El protocolo</i> , Andrés Granbosque	54
14. <i>Perlas rojas</i> , Alicia Arias Acuyo	59
15. <i>Una vez más, desde el principio</i> , Marta Inés Rodríguez	63
16. <i>Bajo la escalera</i> , Isabel Pedrero	67
17. <i>Navidad sin ti</i> , Irene Falcón González	70
18. <i>Un deseo por Navidad</i> , Elena Nozal Moralejo	73
19. <i>Carbón azul</i> , Elena Torró	77
20. <i>El nacimiento</i> , Celia Corral-Vázquez	80
21. <i>El regalo de solsticio</i> , Mireia Pérez Bauza	84
22. <i>Todo lo que cambia con el tiempo</i> , Laura Souto	88
23. <i>La idea de Arnulfo</i> , Ariadna Sanz	91
24. <i>El jolgorio de los paganos</i> , Beatriz Alcaná	93
25. <i>Amenaza de Colapso Universal</i> , Ana Saiz	96
<i>Epílogo</i> , Ana Saiz	99

Prólogo

David Fernández Vaamonde



Dicen que el momento más oscuro de la noche es justo antes del amanecer, y eso pasó con este calendario de Adviento. La idea de hacer este calendario surgió en un viaje de A Coruña a Madrid durante seis horas de coche y nos sirvió para ilusionarnos con un proyecto impresionante y para ayudar a la vez a olvidarme de que ponía seiscientos kilómetros de por medio entre yo y mi madre, recién operada de una enfermedad bastante delicada.

La inspiración: un «libro de adviento» del que nos habló un buen amigo (si seguís el calendario, descubriréis quién) y que permitía ir rompiendo sus esquinas para desbloquear su contenido a lo largo de los 24 días que dura el Adviento antes de Navidad. El contenido de ese libro era literatura romántica y nuestro pensamiento fue directo: «¿Por qué no hacer algo así con literatura de género?». Fue así como se nos ocurrió hacer un calendario de Adviento que desbloquease una obra relativa al género fantástico cada uno de los días, pero que además fuese benéfico y que diese la posibilidad de que, en cada día, los lectores que lo desearan aportaran a una causa sugerida por el autor. Y todo ello hablando de la Navidad desde una perspectiva de género: fantasía, terror o ciencia ficción.

Una vez con la idea definida en nuestra cabeza, empezó otro aspecto del calendario que nos dio enormes alegrías aun sin tan siquiera haber empezado: el proponer a distintos autores su participación en el calendario. Y aquí nos dimos cuenta de la cantidad de amigos maravillosos que tenemos, los cuales nos fueron diciendo que sí, uno detrás de otro, y que, por qué no decirlo, multiplicaron así el poder sanador de este proyecto.

Como les dijimos a ellos: no están todos los que son pero si son todos los que están, ya que, desgraciadamente, nos dejamos a mucha gente que nos habría hecho una ilusión enorme que estuviesen y que, si el proyecto es finalmente un éxito y se repite, estarán los años venideros.

Empezó en ese momento un trabajo de formularios de entrega, de canales de difusión, de edición, de promoción, de locución y, por qué no decirlo, de juegos del gato y el ratón, donde fuimos dejando caer pistas de algunos autores a otros en distintos momentos y en distintos eventos pero sin llegar a decir quiénes estarían finalmente en el calendario, ya que preferíamos que ellos mismos pudiesen disfrutar sorprendiéndose con las obras y los autores desvelados cada día. Lo que viene siendo crear *hype* y generar ilusión y disfrute a los que

realmente han hecho posible que exista este calendario.

Llegamos así al 30 de noviembre, preludio de los 24+1 días —el día 25 habrá un relato final—, al comienzo de una fiesta que pretendemos disfrutar tanto como los lectores y los propios autores, descubriendo relatos y otro tipo de obras fantásticas que esperamos que os hagan tanta ilusión como a nosotros prepararlas, y permitiendo además que las escuchéis audioficciones (y ojo, que puede haber alguna sorpresa en las audioficciones).

Solo queda dar las gracias infinitas a los autores —y a pesar de ello, esperamos, todavía amigos— que han contribuido a que este sueño se transforme en realidad y que han hecho que preparándolo me emocionase, llorase y riese a carcajadas, porque sin ellos no sería posible nada de esto. Y también a todos vosotros, lectores y potenciales donantes por adelantado, por haber llegado hasta aquí y mostrar interés en este proyecto. Recordad que la mejor manera de devolver ese pedacito de arte que cada uno de los participantes han cedido al mundo es interesarse y donar a la causa que cada uno de ellos ha asociado a su obra.

Y ahora sí, ha llegado el momento: ¡Que comience el *Adviento Fantástico*! ¡Feliz Navidad!

David Fernández Vaamonde



Adviento

Talita Isla

1



El movimiento es lento y pausado. Apenas se nota al inicio, cuando extiende las garras blancas hacia adelante para abarcar la distancia casi infinita entre su guarida y la Tierra. La Criatura del Adviento va despertando de su letargo. Pero os lo advierto: para la mayoría de nosotros, su existencia es tan solo un ensueño. Únicamente podemos llegar a tener constancia de ella cuando sus ojos dorados se cuelan por el resquicio que, unas pocas y excepcionales veces, se abre entre nuestra vida y la de los seres eternos. Así es como algún niño ha llegado a verla, en el sueño meloso y tan sensible al terror que precede al despertar de la infancia. Lo mismo ocurre con los ancianos que, cuando miran el cielo, divisan en él la frontera entre la vida y la muerte, entre lo real y lo que aguarda tras los límites donde la razón nos obliga a soñar el tiempo en el que permanecemos bajo su dominio. Más allá de esa frontera, entre las estrellas, tiene esta criatura su guarida.

La Criatura del Adviento se despereza: en el transcurso de su camino, mece las patas en la oscuridad del cosmos. Extiende las alas. Se impulsa a través de las tempestades de estrellas que siembran terror y paz en el universo, que atraviesa con una consciencia fugaz de que ella no pertenece al mundo de las cosas que tiemblan y caen en el vacío. Sin embargo, todo a su alrededor la recibe con júbilo: las estrellas titilan, los planetas conjuran sus órbitas para dejarle paso, los cometas bailan entre sus cuernos de plata. Mientras sus destellos se reflejan en su crin, la Criatura del Adviento flota por el espacio, camino a la Tierra.

Se prepara así para el Nacimiento. En su tripa late el fruto de las largas horas de ese sueño universal que ha ido creciendo hasta curvar su abdomen escamado. Esa es la llamada a la que sirve y obedece. Ninguna más la invoca, y ninguna más logra sacarla de la guarida donde, cada año, aguarda a ser despertada por los ritmos perversos, profundos e inescrutables que rigen el universo. Son los mismos que la protegen; los mismos que la arrojarían a los abismos de la creación si ella, algún día, quisiera librarse de ellos.

Cuando alcanza el mundo, la tripa abultada de la Criatura del Adviento roza sigilosamente las nubes. Cubre la mitad de la Tierra con su cuerpo largo y blanco; blanco como los huesos, como la leche, como la mañana de un nacimiento bendito; blanco como la Luna a la que mira sin querer mirarla del todo. Yo os contaré la verdad: esa criatura universal tiene miedo a ser seducida por su pulso brillante. La Criatura del Adviento se reconoce en la Luna, del mismo modo que nosotros, los seres humanos, nos reconocemos en los amores ansiados y

perdidos. Quizás por eso la rehúye mientras se aprieta la tripa con las garras, consciente de que el influjo de la Luna es lo único que podría desviarla del Nacimiento y de su cíclico deambular entre las estrellas. Ambas se han visto la una a la otra desde el principio, cuando el tiempo era todavía una tensión fría de acontecimientos por desenvolverse; acontecimientos improbables, contenidos en los latidos de las criaturas eternas que, como ellas, surcaban la oscuridad sin ningún propósito. Poco después, cuando los cuerpos celestes impusieron sus reglas, a la Criatura del Adviento le tocó esa tarea tan mundana y corriente que es el Nacimiento, y que se repite periódicamente sin que nadie en la Tierra sospeche que de ella dependen el frío, los vientos y los mantos de nieve que empujan al mundo hacia el silencio terrible de la última estación.

Bajo el cuerpo alado de la Criatura del Adviento, la luz del otoño se apaga en la Tierra: moribunda, desaparece entre sus fauces, resignada a servir de alimento a nuevos paisajes y leyendas. La cola larga, que acaricia la Tierra como el bordón de un peregrino, se prepara para el Nacimiento. Cuando la luz llega a su vientre, da comienzo el parto.

Entonces, la tripa de la criatura se abre.

Suspendida entre la Tierra y la Luna, la Criatura del Adviento desova: los copos de nieve que salen de su vientre sumen al mundo en una quietud blanca. Caen sobre ciudades y campos; sobre ricos y pobres; sobre vencedores y vencidos. El Nacimiento los abarca a todos por igual, los somete al juicio cruel del frío, al doloroso descubrimiento de la muerte de la luz que, sin embargo, siempre deja tras de sí la esperanza del renacimiento.

Y así es como, todos los años, llega al fin el invierno.



Talita Isla

Talita Isla (Barcelona, 1996) escribe bajo pseudónimo. Es autora de varios relatos de ciencia ficción, fantasía y terror editados en antologías y revistas. Su primera novela, *Es Teresa o el tiempo*, fue finalista del II Premio Droide de Novelette de Droids&Druids y se ha publicado este otoño. Le gustan los libros, las plantas y la danza. Vive en Barcelona.



[@talita isla](https://twitter.com/talita isla)



[@talita isla.bsky.social](https://bsky.app/profile/talita isla.bsky.social)



<https://cronicasdelholoceno.tumblr.com/>



Fundación Pasqual Maragall de investigación sobre el Alzheimer

<https://colabora.fpmaragall.org/minibrains>

El búnker

Vania T. Curtidor

2



Búnker 3 zona cero población 52 personas STOP

Llevamos 100 días encerrados y se supone que nos rescataban tras un mes STOP No ha habido ninguna infección STOP Se nos acaban las provisiones y sobre todo el combustible STOP La radio no responde y no aguantaremos el invierno STOP

Ing. Sara Cambra

Querido diario:

Ayer fue Navidad, pero Papá Noel no vino. Esta mañana, Antonio se puso a llorar y a decir que no nos visitó porque lo ha pillado el Virus. Yo acabé llorando también, como todos. No quiero creer que sea verdad, pero si el Virus hace que las cosas dejen de funcionar, supongo que también puede infectar a seres mágicos...

Mejor hago como dice mamá y no pienso en ello, aunque es difícil. Tal vez venga alguien a rescatarnos antes de Reyes y todo vuelva a la normalidad. Los adultos también tienen miedo, aunque no lo digan. Cada vez tenemos menos horas de estufa y a veces el frío es tan fuerte que tiritan mientras hacen sus labores. Hasta he oído al señor Martínez mientras grababa sus diarios decir que abrirá las compuertas para buscar soluciones.

Espero que esto se acabe pronto. Te mantendré informado.

Valeria

«Día 106: No nos queda más remedio que salir a la superficie. Acabo de abrir las compuertas. Aunque esperaba un paisaje similar, he mirado mi reloj como un acto reflejo. No hay ni rastro de la luz solar que debería alumbrar el mediodía. Ahora empezaremos a explorar la zona. Por seguridad, dejaré la grabadora aquí».

[...]

«Lo esperábamos, pero no ha sido fácil aceptar que no hay nada. Sabíamos que no podía quedar ni siquiera el más pequeño de los objetos si querían erradicar el Virus. O lo que fuera que lo infectó todo. Ese nombre casi me hace añorar la época en que afectaba solo a personas y animales, antes de que los objetos empezaran a fallar. Todavía tengo la imagen del

desastre cuando el helicóptero que nos traía provisiones detuvo de repente el motor y se estrelló contra la ciudad. Espero que evaporar hasta el último cimiento de esta región les haya servido para mantenerse a salvo. Aunque una pandemia explicaría por qué todavía no nos rescatan».

[...]

«Tuve que decirlo en cuanto entré: “tampoco hay combustible fuera”. Vi la ilusión resquebrajarse en todas las caras, sobre todo las de los niños. Quizás fue por esa frustración por lo que, poco después de mi regreso, encontramos a las dos mayores enredadas en una espiral de puñetazos y patadas mientras los demás las alentaban. Cuando preguntamos, ninguno de los once dijo nada.»

Querido diario:

Ayer dos de mis amigas se pelearon y no tuve ganas de escribir en la noche, perdón. Hoy las cosas tampoco han ido mucho mejor. Oí a la ingeniera Sara llorar mientras le leía un telegrama a su compañero. Nos van a rescatar, pero tendremos que esperar otro mes, mínimo. Algo de que el mundo está en un estado precario.

Encima estuve hablando con los otros niños y estamos convencidos de que los Reyes tampoco van a venir. Si todo está así, ¿de dónde van a sacar los regalos? Ellos no tienen una fábrica. No quiero perder la esperanza del todo, pero se hace difícil creer en milagros...

Valeria

Mario: Cuando vuelvas, saca las pasas de la despensa (por lo menos tendremos algo que contar con las «campanadas»). Voy a ver si en el dormitorio puedo cortar el queso, aquí hace tanto frío que se me van a romper los dedos.

Mucho ojo con Valeria. Esta mañana la dejé asistirme y tiró tres tazas y dobló la cuchara de palo. Los niños están insoportables desde hace días, mejor no los dejes entrar.

AVISO: Debido a los acontecimientos recientes, la sala de comunicaciones queda cerrada.

ACTUALIZACIÓN: 2 de las 4 piezas del telégrafo encontradas. Seguiremos investigando.

ATENCIÓN: Prohibido el acceso a menores no acompañados.

«Ya es casi medianoche, así que he salido del dormitorio con la excusa de ir al baño. Le hemos robado la grabadora al señor Martínez, espero que nos perdone. Lo bueno de llevar tantas capas es que nadie se ha dado cuenta de que la tengo encima».

[...]

«Oigo los pasos furiosos de mamá mientras grita que está harta de mi desobediencia, pero aparte de eso, nada. Ya son casi las doce y cinco. Supongo que el plan no ha funcionado. Tendré que devolver la grabadora, pero da igual. No hay nada que contar».

«Día 117: Un estruendo me ha despertado con un sobresalto. Según mi reloj, son las 6:03. El ruido se acerca, rítmico y fuerte, como el galopar de cientos de caballos. Acabo de abrir las compuertas, pero fuera solo hay silencio. Ni rastro de actividad ni tierra removida. Solo la calma gris muerte que nos rodea desde hace semanas. Tengo que preguntar si alguien más ha oído lo mismo».

[...]

«¡No lo puedo creer! En la sala común, los niños festejan con ropa y caras sucias. Sacos y sacos de carbón los rodean. Una montaña maravillosa que llega hasta el techo...»

Hemos traído todo el carbón que nuestros camellos pueden cargar. No es todo el que os merecéis, porque os habéis portado muy mal, pero hemos estado un poco malitos. De momento será suficiente.

SS.MM. M, G y B.



Vania T. Curtidor

Vania T. Curtidor descubrió su pasión por la lectura de niña. De adolescente se interesó por aquello de escribir. Tras obtener el primer puesto en el concurso de relatos de su instituto a los diecisiete años, le pareció buena idea retirarse del mundo literario con una cuota de éxito del 100%. Solo necesitó trece años para darse cuenta de que también podía escribir en su época adulta. De momento, guarda la mayoría de sus historias (muchas inacabadas), pero a veces las muestra e incluso son seleccionadas para alguna antología. Pese a no ser muy fan de la Navidad, considera que aparecer en este calendario de Adviento es uno de sus éxitos literarios.



[@vtcurtidor](https://twitter.com/vtcurtidor)



[@vtcurtidor.bsky.social](https://bsky.app/profile/vtcurtidor.bsky.social)



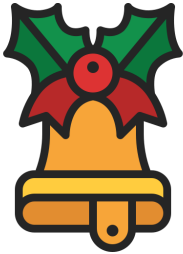
A lifeline for Gaza (UNRWA)

<https://donate.unrwa.org/zakat/~my-donation>

La magia de la Navidad

Elisa Álvarez Pastor

3



Don Carlos del Valle, noventa y seis años, con un diagnóstico de demencia senil, ocupaba la habitación número siete de la residencia *El Jardín*. Era un hombre culto y tímido que pasaba las horas leyendo cualquier cosa que cayera en sus manos. Últimamente releía los libros de aventuras de su infancia. Anita, la nueva auxiliar, era simpática y dicharachera. Demasiado, según don Carlos. Todas las mañanas hacía el mismo «ritual», que él aguantaba con resignación.

—¡Buenos días, don Carlos! Hace un día precioso para tomar el sol —decía mientras encendía la luz y corría las cortinas del balcón.

—Buenos días, Anita —contestaba. Él llevaba ya un rato despierto.

El otro día fue distinto. Cuando Anita entró, se lo encontró ya aseado y sentado en su mesa escribiendo.

—Pero bueno, Señor del Valle, ¿qué ha pasado hoy, que ha madrugado más de lo normal? —dijo Anita sonriendo—. ¿Escribiendo a algún amigo?

—Señorita, es usted tan simpática como entrometida —le contestó sin mirarla.

—Uy, no se me ponga farruco, que se lo pregunto sin mala intención.

—Pues no pregunte tanto y siga con lo suyo —replicó, zanjando la conversación.

Ese mismo día, en el comedor, don Carlos estaba tan parlanchín que los demás residentes se quedaron extrañados.

—Chico, Carlos, estás irreconocible. ¿No te habrás pasado con la medicación? —comentó Ramón, el expolicía retirado, en plan de guasa.

—¡Qué tonterías dices! Te lo voy a contar a ti, pero no digas nada porque es una sorpresa. Estoy organizando una cena de Nochebuena con unos amigos de la infancia.

—¿Pero te queda alguno vivo?

—¡Pues claro, hombre! —replicó un poco mosqueado—. John, Peter, Margarita, Robin... Ya mandé las invitaciones.

Llegaron rumores a la dirección, pero como muchos otros, se ignoraron.

Durante la cena de Nochebuena, el señor del Valle se fue apagando poco a poco. Anita, a la que le tocaba turno esa noche, se dio cuenta.

—No se preocupe, don Carlos, recuerde la magia de la Navidad —le dijo guiñándole un ojo.

—No importa, guapa. Lo único que quería era vivir mi última Navidad rodeado de los que me hicieron pasar los mejores ratos de mi vida.

—No se me ponga tristón y le sirvo un chupito de orujo sin que se entere nadie.

De repente, se empezó a escuchar mucho jaleo en el exterior, a la vez que un resplandor entraba por las ventanas.

La puerta se abrió de golpe y apareció un conejo blanco vestido con traje y un enorme reloj en la mano.

—¿Está Carlitos? Creo que llegamos tarde —preguntó mirando el reloj y hablando solo.

—Tiene que ser aquí —contestó, detrás de él, un pirata con un garfio por mano.

—Capi, eres pirata, pero por tierra te manejas fatal —se quejó una pequeña hada que revoloteaba alrededor de su cabeza.

Los comensales estaban atónitos, pero a don Carlos se le iluminó la cara.

—¿Queréis callaros? —se escuchó una voz casi a nivel del suelo. Era un grillo con traje, sombrero de copa y paraguas —la dirección es correcta, pero llegamos tarde.

—¡Tócate los coj...! ¿Tú no serás Pepito Grillo? —dijo Ramón casi sin gesticular.

—Para servirle a usted, caballero —dijo levantándose el sombrero.

—No deberíamos aguantar groserías —dijo una niña vestida con una caperuza roja.

—Niña, en todos mis años de navegación he escuchado cosas peores...

—Lo sabemos, Nemo. Nos lo repites demasiado a menudo. Eres muy cansino —esta vez habló un hombre con un arco al hombro.

—Damas y caballeros, venimos a ver a nuestro amigo Carlitos del Valle —dijo en voz alta un hombre con una pierna de palo y un loro en el hombro que parecía llevar la voz cantante del pintoresco grupo.

Todos se giraron hacia don Carlos, que, con los ojos llenos de lágrimas dijo:

—¡Habéis venido!

—¡Por supuesto! Te acompañamos durante toda tu infancia y no podíamos dejar de venir a agradecerte que revivas nuestras aventuras una y otra vez. —Esto último lo dijo un mosquetero perfectamente uniformado haciendo una reverencia mientras se quitaba el sombrero.

Todo el comedor prorrumpió en un fuerte aplauso.

—Bueno, bueno, yo veo por aquí muchas caras conocidas —habló por primera vez un soldado de plomo al que le faltaba una pierna.

—¡Ay, la magia de la Navidad! —suspiró Anita.

Nunca una cena de Nochebuena fue más animada en *El Jardín*. Todos los comensales, incluida Anita, rieron y recordaron su infancia.

Fue la última Navidad de Carlitos del Valle.



Elisa Álvarez Pastor

Elisa empezó a leer tebeos y continuó con toda la biblioteca de su casa. Al meterse en Twitter se relacionó con lectoras, se animó con los microrrelatos y ha terminado escribiendo relatos que le han publicado: *La Regente*, *El brazo armado del karma*, *La independiente* y *Lo que el colesterol ha unido* en la revista *Literentropía* y *Nunca es tarde si la dicha es buena(...)* en la antología *Cabezología*. ¿A la vejez, viruelas? Pues eso parece.



[@elisaalvp](https://twitter.com/elisaalvp)



[@elisaalvp.bsky.social](https://bsky.app/profile/elisaalvp.bsky.social)



Save the children

<https://www.savethechildren.es/>

Navidarrgh

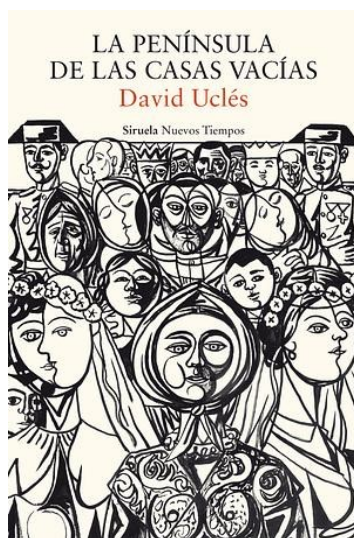
Carla Plumed (Cafedetinta)

4



¿Cómo? ¿Que estamos a día 5 de diciembre y todavía tienes duda sobre cuáles son los libros que sí o sí tendrías que haber leído este 2024? Bueno, que haya tranquilidad, todavía estás a tiempo de poner en tus listas de regalo navideñas (o de autorregalo, que son las mejores).

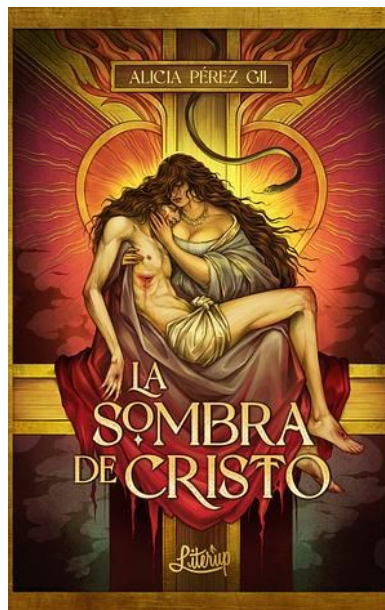
Ficción histórica: Mi imprescindible del año, sin duda, es *La península de las casas vacías*, de David Uclés. Quizás estarás pensando que ya me vale por recomendarte un libro de 700 páginas que habla de la Guerra Civil, pero antes de que te arrepientas por haber abierto esta ventana del calendario de Adviento, te voy a añadir: realismo mágico, rotura de la cuarta pared, humor, perspectiva LGTBI y... sí, una dosis altísima de realidad. Dale una oportunidad o regálalo a esa persona querida a la que sabes que le va la ficción histórica, porque es acierto seguro.



No quería quedarme sin recomendar *El buzón de las impuras*, de Francisca Solar. ¿Sabías que en 1863 se quemó una iglesia en Santiago de Chile en la que murieron más de dos mil mujeres? Este libro nos va a relatar estos hechos partiendo de dos meses antes de la tragedia y del punto de vista de una familia bienestante relacionada con la orden religiosa de esta iglesia. Una obra tan dura como fascinante.



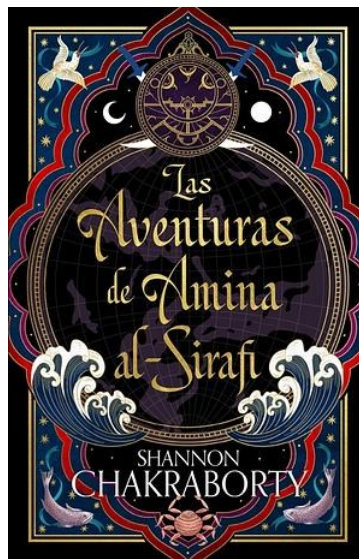
Terror: Que sí, que es Navidad y queréis leer algo tranquilo haciendo la croqueta con la manta. ¡Pues no! El terror es válido para todo el año. Y qué mejor época para leer una versión retorcida de la religión cristiana, ¿verdad? Mi recomendación es *La sombra de Cristo*, de **Alicia Pérez Gil**. Porque ¿a quién no le va a gustar una historia de pasión, demonios, sacrificios y gente turbia?



Y si estáis buscando algo que de verdad os dé miedito, que os haga darle vueltas al libro aunque pasen los días, os recomiendo *Tenemos que hacer algo*, de **Max Booth III**. Una familia tiene que encerrarse en el baño de su casa ante la amenaza de tornado y, debido a un incidente, tendrán que pasar allí más tiempo de lo esperado...



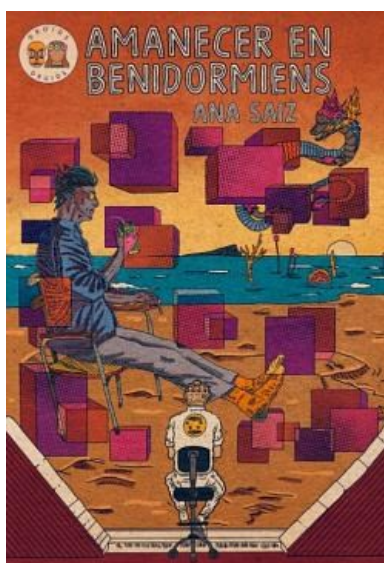
Bueeno, va, si quieres algo de **fantasía más tradicional**, con sus espadas y sus magias y sus peleas y sus cosas, te voy a recomendar mi novela favorita de piratas del año. ¿Qué digo del año? ¡De la vida! Échale un vistazo a *Las aventuras de Amina Al-Sirafi*, de **S.A. Chakraborty**. Una señora pirata pasada de vueltas y a la que le duele todo (cómo me representa...) que tiene que salir de aventuras una vez más.



Y no me puedo quedar sin hablar de **T. Kingfisher** y de su maravillosa *Ortiga y hueso*. Cualquier cosa que os diga de este cuento feminista, imaginativo a rabiar, sorprendente, divertido y turbio sería quedarme corta. Bueno, va, os contaré que tiene una gallina poseída por un demonio. Ahora sí, ¿no?



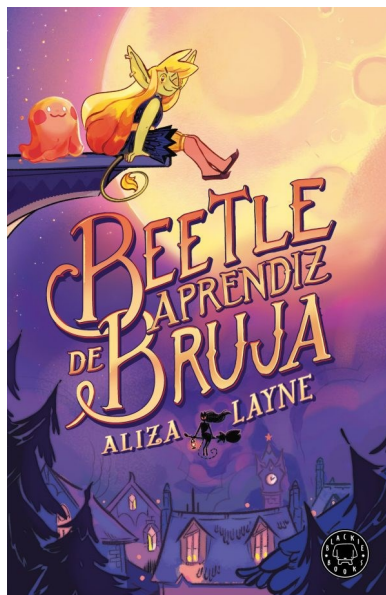
¿Y algo de cifi? Pues evidentemente voy a recomendar *Amanecer en Benidormiens*, de **Ana Saiz**. Primero porque coordina este pedazo de calendario de Adviento (¡Hola, Ana! Espero que me dediques este sonrojo, jaja). Fuera bromas, es de las obras de ciencia ficción más interesantes que he leído este año porque es capaz de usar todo aquello que conocemos (Benidorm, seres de la noche, fantasmas, tecnología capaz de guardar nuestras mentes aunque nuestros cuerpos dejen de funcionar) y crear una historia capaz de maravillarnos.



Me he guardado un espacio para un par de cosas juveniles que me han gustado muchísimo este año y no quería dejar de recomendar. Una es *Alcatraz contra los bibliotecarios malvados*, de **Brandon Sanderson**, porque sin ser yo la fan número 1 de este caballero, este libro me hizo reír muchas veces. Si escribes, es de esos libros que enseña muchos de los trucos de escritura que enganchan en literatura juvenil, así que lo considero un must si te interesa desarrollarte en este género como escritor.



Y una pequeña joya totalmente disfrutable por todas las edades es **Beetle Aprendiz de bruja**, de **Aliza Layne**. Una novela gráfica (tomo único, importante) a todo color sobre una aprendiz de bruja que intenta recuperar a la que era su mejor amiga. Una historia preciosa de amistad con personajes LGTBI que os emocionará.



Bueno, creo que con esto tenéis lectura como mínimo para diciembre... del 2025, evidentemente. Y no olvidemos todos los relatos que formarán parte de este calendario de Adviento, que os animo a buscar a los autores que participan y leer todas sus obras. ¡Que paséis unas felices fiestas, en buena compañía y en mejores lecturas!



Carla Plumed (Cafedetinta)

Divulgadora literaria y podcastera en *Furia en la Librería*. Se rumorea que dispone de una Tardis para tener tiempo a todo.



[@cafedetinta](https://www.instagram.com/cafedetinta)



Gremi LlibreTERS Valencia

El Gremio de Libreros de Valencia ha creado una iniciativa para ayudar a todas estas librerías. Se ha creado un número de cuenta y un Bizum para que todas aquellas personas que quieran contribuir económicamente con la reconstrucción de las librerías, puedan hacerlo.

IBAN: ES76 3159 0015 8823 2590 9725

Bizum: 10592

Concepto: Donació Llibreríes DANA

Una visita por navidad

Teresa Plaza García

5



28 de noviembre

Hoy papá, mamá y yo hemos celebrado que hace un mes que vinimos a este país. ¡Por fin me he aprendido que se llama Austria! Me cuesta entender a otros niños, pero mamá dice que dentro de poco nos acostumbraremos.

29 de noviembre

En el cole he hablado en inglés con un niño que dibuja mejor que yo. La profe ha dicho que su dibujo le gustaba mucho.

Es un secreto, pero cuando todos han salido de clase, he roto el dibujo de mi compañero. Ahora el mío será el mejor de la clase.

30 de noviembre

¡He desayunado tortitas! O panquecas, como le gusta llamarlas a papá.

En el cole, la profe nos ha explicado la importancia de respetar a los demás y sus cosas. Por suerte, nadie sabe lo que hice.

Al acostarme he visto una gran figura oscura que me miraba desde la puerta. Seguro que era papá deseándome buenas noches.

1 de diciembre

¡Ya es diciembre! En menos de un mes abriré todos los regalos que me ha dejado Papá Noel y tomaré chocolate caliente con papá y mamá.

Papá ha estado muy cariñoso conmigo y hemos ido a jugar al parque después del cole.

Ya estoy acostado y todavía escucho el rechinar de las cadenas de los columpios. ¡Qué bien me lo he pasado!

2 de diciembre

Hoy hemos aprovechado que es fin de semana para hacer una excursión. Hemos ido a una casa en las montañas. ¡Había nieve por todas partes!

De camino me he asustado mucho porque papá frenó después de que algo golpeara nuestro coche. Di media vuelta para ver lo que era, pero lo único que pude distinguir fueron unos grandes cuernos sobre la carretera.

3 de diciembre

Mamá estaba preocupada por el accidente de ayer y por cómo me sentía. Hablamos de ello mientras caminábamos por la montaña. Entonces escuchamos unos cencerros y me quise acercar. Corrí entre los árboles a pesar de que mamá y papá me decían que los esperase. Llegué hasta el final del camino y encontré una casa. Frente a ella había un hombre grande con cuernos en la cabeza, cadenas y un cencerro colgando del cuello. Cuando papá y mamá llegaron todo había desaparecido, así que no les conté nada.

4 de diciembre

He vuelto a romperle otro dibujo a mi compañero. Estoy harto de que a la profesora le guste todo lo que hace.

Cuando he ido solo al baño, me he mirado al espejo y he visto al mismo hombre de ayer detrás de mí. Me sacaba la lengua. Era roja y tan larga que parecía que me iba a tocar. He empezado a llorar y, al entrar, la profesora solo me ha visto a mí.

Ahora estoy acostado sin dejar de mirar la puerta y la ventana. Siento que ese hombre me persigue. No dejo de escuchar el cencerro y las cadenas. Una y otra vez.

5 de diciembre

¡Mamá también ha visto al monstruo! Hemos ido a la calle y había un montón de ellos paseando en fila. Cuando me he puesto a gritar mamá me ha explicado que eran hombres disfrazados del Krampus, una criatura inventada que castigaba esta noche a los niños malos y que no tenía que preocuparme.

No he cenado y ya estoy acostado sin dejar de mirar la puerta y la ventana. Suspiro y cierro los ojos hasta que escucho el ruido de cadenas arrastrándose por el suelo.

El agudo sonido de los cencerros se une al de las cadenas subiendo las escaleras. Las lágrimas se acumulan en mis ojos y veo borroso.

Los cencerros y las cadenas cada vez están más cerca.

Una gran sombra se asoma por la puerta de mi habitación.

El Krampus ya está aquí.



Teresa Plaza García

Teresa Plaza García es madrileña de nacimiento (1993), pero londinense de corazón. Su madre siempre quiso que le gustara la lectura, pero Teresa se resistió hasta que a los dieciséis años encontró un libro de fantasía que la encandiló. Desde entonces, la romántica y la fantasía la acompañan tanto en sus lecturas como en las historias que escribe. En la escritura se define como una brújula que no apunta al norte. Es autora de la novela *El vínculo de los guardianes* (Ediciones Raven, 2024) y ha coeditado las antologías benéficas *Renacer*, *Legado* y *Huellas* junto con Elena Nozal Moralejo.



[@TeresaPGarcia](https://twitter.com/TeresaPGarcia)



[@tessa_plaza](https://www.instagram.com/tessa_plaza)



[@TeresaPGarcia.bsky.social](https://bsky.app/profile/TeresaPGarcia.bsky.social)



[@TessaPGarcia](https://www.tiktok.com/@TessaPGarcia)



Zooasis.org

<https://zooasis.org/donaciones/>

Negro Navideño

Virginia Orive de la Rosa

6



«—¿Qué quieres que te compre por Navidad?

Su mirada ocultaba una sonrisa juguetona.

—Un vestido negro.

Lo estudié de arriba abajo: las piernas musculosas, las anchas espaldas, la barba de tres días que necesitaba un arreglo.

—¿Para qué cojones quieres un vestido negro?

—Para ir elegante a la fiesta».

No debería haber dejado su regalo para el último momento, lo sé, pero no tengo ni idea de qué comprarle. Mientras subo a toda prisa las escaleras para salir a la calle, me digo que quizá debería ceder por fin con lo del vestido negro. Cierro los ojos en el rellano y me lo imagino llevándolo puesto; la tela adhiriéndose a la amplia musculatura, remarcando cada curva en un relieve irresistible. Le sentaría bien, es inevitable, pero ¿negro Navidad? ¿En serio? No lo creía tan cursi.

Siempre he odiado esta época del año; el espumillón plateado con las calaveras de nácar colgando, las cintas negras convirtiendo las calles en un pastel empalagoso, las imágenes de Madre Morte cargada de regalos para quienes colaboran gustosos en la regeneración. No creo en esas cosas, aunque sé que todo esto es necesario, comprendo el sentido de la Navidad. La época en la que debemos extirpar lo viejo para renacer en un mundo nuevo.

Este año hemos llegado a un acuerdo, las otras bandas y la nuestra: el clan Nemic debe caer en Nochebuena. Regeneración. Hemos preparado una fiesta que teñirá la noche de sangre para que el amanecer del día de Navidad ilumine una sociedad más feliz. Vacía de esos bastardos que, cansados de traficar con sustancias, comenzaron a vender cuerpos, un paso lógico, una nueva forma de entregar vidas a la miseria.

Debo darme prisa y regresar a tiempo de darle su regalo y prepararnos para salir. Siempre en el último momento, soy un desastre perpetuo. Cuando alcanzo la calle, mis botas celestes marcan un ritmo frenético sobre el asfalto naranja; colores sobrios y elegantes que contrastan con la absurdez afectada del negro y plata que ha tomado el mundo. La decoración me asfixia y no me libraré de ella hasta pasado mañana, cuando la Navidad sea cosa del pasado y nos encaminemos al año nuevo, al mundo renacido. Sin el clan Nemic.

Apenas me he alejado unos metros de la Brecha, nuestra guarida subterránea, oculta bajo un anticuado edificio de viviendas de un aburrido color morado brillante que pasa totalmente desapercibido. La fuerza de la explosión me envía volando hacia delante. Me cuesta

ver a través de la sangre, no oigo nada, envuelta en un silencio sobrenatural que en nada encaja con el caos que me rodea. Me llevo una mano al oído y lo encuentro manchado de sangre.

«—Entonces, ¿qué quieres?

Me mira, extrañado, casi ofendido.

—Ya te lo he dicho: un vestido negro.

Suspiro, reuniendo paciencia. Todos los años igual.

—¿Para qué cojones lo quieres?

—Para disimular las manchas de sangre».

Habría sido mejor para ellos que no hubiera sobrevivido. De no haber dejado el regalo para el último momento, habría sufrido mucho más que unos tímpanos perforados y una brecha en la frente. Él, sin embargo... Me niego a pensar en ello, a reflexionar en el mañana, y convierto el dolor en rabia ciega, en enfoque, mientras me pongo mi traje nuevo: un disfraz de Madre Morte. Con la casulla negra con ribetes de plata, igual que los pantalones, y la capucha con la calavera de nácar en la punta velándome el rostro.

Alguien nos traicionó, alguien delató nuestro plan al clan Nemic, alguien le ofreció nuestras vidas para que las segara antes de que pudiéramos atacar. Y ellos decidieron venir a por nosotros y otras tres bandas más, morir matando, con la esperanza de despertar en Navidad en un mundo más favorable, en el que no fuesen ellos quienes sobrasen.

Por desgracia para ellos, yo sobreviví, y me encargaré personalmente de que paguen por lo que han hecho, de velar por el espíritu navideño y cumplir con nuestro acuerdo original. Subestimaron nuestro número al atacar solo cuatro guaridas. Somos muchos clanes más, decenas, y vamos todos en su busca. Las bandas se han reunido. Aunque no puedo escuchar los pasos que deben de atronar la noche en este momento, mientras caminamos decididos hacia la fiesta de Nochebuena en Casa Nemic, los siento a mi alrededor. Distingo las figuras anónimas a pesar de la limitada visibilidad que ofrece la capucha. La calavera de la punta emite su clásico sonido navideño cuando los dientes repiquetean unos contra otros con el movimiento de mi cabeza.

Mañana deberé escoger una banda nueva y seguir adelante, pero antes debo vivir este momento y disfrutar de la fiesta. No pude comprarle lo que quería y al final soy yo quien hoy viste de negro. Camino y después corro sobre el asfalto naranja. Me esperan en la celebración. Ojalá le hubiera podido ofrecer un vestido negro, en su lugar, esta noche le regalaré venganza.



Virginia Orive de la Rosa

Virginia Orive de la Rosa (Vitoria, 1982) vive atrapada en historias de fantasía y busca la salida saltando a través de mundos de ciencia ficción, terror y humor absurdo. En su afán por salvarse, a veces los pone por escrito para compartir la carga con cualquier valiente que se atreva a asomarse a sus páginas. Por el momento sigue luchando por escapar y está decidida a seguir escribiendo hasta que lo consiga. También tiene otra vida paralela, pero es mucho más aburrida.

Tiene publicadas una novela corta de fantasía satírica, *Intrigancles contra el sistema demostrático* (Editorial Cerbero 2022), una novela corta de fantasía oscura titulada *Tras la muerte, al fin, paz* (Editorial Cerbero 2023), finalista de los premios Ignotus 2024, y una novela de fantasía romántica *Young Adult, Alguien mejor que yo* (Uzanza editorial 2024). También ha aparecido en revistas como Windumanoth o Pulporama y en distintas antologías con relatos enmarcados en géneros diversos como la ciencia ficción, la fantasía, el terror o el humor absurdo.



[@virginiadepapel](https://twitter.com/virginiadepapel)



[@virdepaper](https://www.instagram.com/virdepaper)



[@virginiadepapel.bsky.social](https://www.bsky.social/virginiadepapel)



<https://virginiadepapel.com/>



Ayuda emergencia Gaza

<https://www.medicosdelmundo.org/realizar-donacion/>

Mucha imaginación

Ignacio J. Borraz

7



Ayo Jorge es nuestro vecino de arriba. Tiene ¡mil millones de años! No puede tardar menos en crecer una barba como la suya. Larga, larga, larga hasta el ombligo. Yo creo que es un duende y, a veces, se lo digo como un secreto a mamá; con mis labios pegados a su oreja, en un susurro suave de esos que hacen cosquillas. No quiero que él me oiga y piense que soy un chivato. Mamá, sin embargo, se ríe siempre con mi ocurrencia, me revuelve el pelo y me dice que tengo mucha imaginación. Yo la miro enfurrñado y me quejo de su indulgencia, incredulidad, jopé, aún no aprendí esa palabra. Le recuerdo aquel día que estábamos pochos con fiebre y apareció con una sopa bien rica. «¿Cómo pudo saberlo?, ¿eh? Jaque mate». Mamá sonrío al escucharme esa expresión que le oí a papá y me responde que Ayo Jorge, gracias al señor, conserva su oído, y nuestros estornudos y toses se oían por el patio de la escalera. Está claro que tengo mucha imaginación.

Su piso es como el nuestro y al mismo tiempo ¡tan diferente! En el suyo, las paredes están forradas de un papel colorido con formas fantásticas y tiene ¡mil millones de libros! Sé todo eso porque algunas tardes mi mamá sale a hacer recados y me deja en su casa un ratito. Cuando no me mira, abro libros a ver si tienen dibujos; no hay suerte, solo letras apretujadas que cuentan misterios indescifrables. Ayo Jorge me da galletas, me pone el canal de dibujos animados que me gusta y se sienta en su butacón grande con orejas. A veces, ronca. Si intento mirarle de reojo, me caza y me dice que estaba pensando muy fuerte. Yo no sabía que pensar mucho diese somnolencia, somnolencia, jopé, otra palabra que se me escapa todavía.

Hace unas semanas, Ayo Jorge me pilló mirando un estante alto, alto, alto casi hasta el techo. Yo veía reflejos, no sabía qué era, y andaba estirando el cuello y haciendo aspavientos cuando me sorprendió. Ayo Jorge siempre sonrío, nunca arruga la frente, nunca está preocupado. Yo sé lo que es estar preocupado, aunque disimulen, mamá y papá dicen mucho esa palabra cuando cuentan monedas, hablan de sus trabajos o dicen que el barrio está cada vez peor. Lo hacen cuando creen que no escucho, atento a los dibujos animados o tirado en la alfombra con mis muñecos luchadores en las manos ¡pim, pam, puf!, pero les noto las caritas tristes y las frentes arrugadas. Al rato me acerco a papá, le abrazo y le digo que le quiero. Eso suele funcionar. Sin embargo, Ayo Jorge arrugó la frente y pensé que se había enfadado una barbaridad y no me salió abrazarle, ni decirle te quiero, aunque le quiera mucho, así que me puse a llorar. Pensé que ya no quería quedarse más conmigo. «Jovencito, no hiciste nada

malo, ¡claro que querré que vuelvas a pasar más tardes conmigo!». Ahí tenía otra prueba para mamá. En ese momento eso no me consoló y el hipo me hizo propulsar mocos verdes. «No me he enfadado, estaba pensativo, porque... ¿sabes una cosa?». Agité la cabeza muy fuerte y un moco temerario viajó hasta mi manga derecha. «En ese estante está mi colección secreta de bolas de nieve. ¿Quieres verlas de cerca?». Dejé de llorar de repente.

Le he prometido a Ayo Jorge que no contaré nada de su colección y ¡es que es muy especial! Yo no he visto muchas bolas de navidad, pero las que he visto en algún escaparate suelen tener casitas nevadas, muñecos de nieve o personas chiquititas esquiando. Las de Ayo Jorge tienen escenas que me resultan muy familiares. En una aparece el letrero de un barecito al que vamos algún domingo y yo me pido un batido de chocolate que sorbo hasta la última gota. Y, además, la nieve que se levanta al agitarlas no brilla; es una nieve gris que da escalofríos. Es extraño, seguro que es porque tengo mucha imaginación.

Esta noche pasada, Ayo Jorge salió a buscar una nueva bola de nieve. Escuché el sonido de su bastón, tap, tap, tap, en los escalones cuando acababa de meterme en la cama. «Son muy difíciles de conseguir estas bolas de nieve. Solo se encuentran las noches de luna llena».

Hoy he pasado el día nervioso y la maestra me ha tenido que llamar la atención. Todo el tiempo pensaba que ojalá esta tarde mamá tuviese algún recado. Lo he pensado muy fuerte, a riesgo de que me entrase sobnucencia porque, aparte de eso, pensar las cosas muy fuerte hace que se conviertan en realidad. Eso lo dice mi película favorita de dibujos. ¡Y ha funcionado!

Ayo Jorge me dice que vaya con cuidado, que está recién hecha y una bola de nieve es como un pan tierno. La cojo y la noto caliente. Me fijo en su interior. Es la esquina de nuestra calle, lo sé por la pintada en la papelera y el buzón amarillo. Hay una moto en primer plano, ¡está corriendo mucho! El motorista lleva agarrado un bolso de color rosa que no concuerda nada con su chaqueta oscura. Pego mi nariz al cristal y el motorista mueve sus ojos espantados para fijarlos en mí.

—Ayo Jorge, creo que...

—Jovencito, lo que tienes es mucha imaginación —me interrumpe.



Ignacio J. Borraz

Jardinero de rosas para Algernon en la Torre Oscura. Entrenador de axolotls invisibles en la habitación 101. Atrapado entre el lado izquierdo de la oscuridad y el corazón de las tinieblas. Crónico de mí mismo. Buscando la palabra precisa desde 1982. Escritor en vivo temeroso de los teclados Mac. Se sueñan micros, relatos y otros brebajes. Me suenan tus letras desde 2015. A veces, alma de cántaro.



[@ignaciojborraz](https://twitter.com/ignaciojborraz)



[@ignacio_j_borraz](https://www.instagram.com/ignacio_j_borraz)



[@ignaciojborraz.bsky.social](https://bsky.app/profile/ignaciojborraz.bsky.social)



Gràcia Participa

<https://www.graciaparticipa.cat/es/donaciones/>

Tío Willy

David Fernández Vaamonde

8



Andrea llegó tarde a casa. Su trabajo de *product manager* de inteligencia artificial en una importante empresa americana la estaba consumiendo. Acabó tirándose en el sofá en pijama, con los dos trozos de pizza sobrantes de la noche anterior. Encendió el televisor con el objetivo de poner un capítulo de su última serie favorita y, al hacerlo, en su pantalla apareció un telediario en el que estaban dando las noticias:

«Detenidos cuatro hackers rusos por su implicación en el asesinato de la diplomática disidente rusa Ekaterina Novikov».

El locutor siguió leyendo:

«Ampliaremos la noticia después de la publicidad»

Con estupor, y quizá por culpa de un colorido y musical anuncio de navidad, Andrea comenzó a recordar al Tío Willy.

El Tío Willy había sido el furor de muchas navidades atrás y había llegado para quedarse: un avatar de un precioso y amable personajillo que, con cara de anciano y pinta de elfo, podía hablar con los niños y niñas para conocer sus deseos más secretos en cuanto a regalos para las fiestas navideñas. Evidentemente, era la última maravilla de la IA generativa, con lo que el bicho tenía cuerda para rato y los niños se tiraban horas y horas hablando con él de todo lo que se les ocurría.

Los padres se fueron acostumbrando a la comodidad de no tener que esperar largas colas para sentar a sus hijos en las rodillas de Papá Noel, y apreciaban enormemente poder dejar a sus hijos horas y horas de sus jornadas navideñas con el Tío Willy.

Poco a poco, a los niños que nacían ya no se les hablaba de Papá Noel ni de los Reyes Magos, y su primera interacción navideña para sus primeros regalos era con el Tío Willy.

Andrea había entrado a trabajar como científica de datos en aquella empresa que había desarrollado a Tío Willy y pudo ayudar a que la propuesta fuese creciendo y creciendo.

Sus sobrinos crecieron con el Tío Willy, y Andrea había vivido largas jornadas en casa de su hermana viendo cómo, en las vísperas de Navidad, los niños se tiraban horas y ho-

ras conversando alegremente con la mascota virtual. Poco a poco, el Tío Willy también evolucionó: lo que comenzó como un experimento que hacía la vida a los padres mucho más llevadera, se convirtió en una auténtica maravilla cuando el mismo avatar virtual enviaba un correo con los regalos deseados por los niños acompañados de enlaces que les permitían comprar de manera sencilla todos los regalos por Internet.

Pero Andrea también vivió cómo evolucionaban los requisitos de su empresa al respecto: en cada campaña de navidad, las empresas jugueteras proponían cantidades desorbitadas de dinero para ser la «ganadora» de aquella «puja» maquiavélica para que el amable Tío Willy fuese guiando a los niños hacia sus juguetes y que el informe que sus padres recibían fuese lo más favorable posible a sus propósitos.

Cuando Andrea comenzó a ver esto y las peticiones que recibía de sus jefes eran cada vez más retorcidas para que los entrenamientos del Tío Willy estuviesen encaminados a que, de manera sutil y casi imperceptible, los niños eligieran los juguetes de la empresa que más había pagado, supo que no podía colaborar en algo así y decidió buscar otro trabajo que no le plantease unos dilemas éticos que la hacían llegar a su casa con ganas de vomitar.

Sin embargo, en ningún momento se planteó cómo de problemático podría ser eso y justo ahora empezaba a darse cuenta:

«Los cuatro hackers detenidos atacaron los sistemas de la empresa creadora del famoso Tío Willy cinco años atrás y durante todos estos años han provocado sutiles cambios casi imperceptibles en los datos de entrenamiento de la mascota navideña, para hacerle servir a sus propósitos y poder influir sobre las creencias y los ánimos de sus usuarios, usando una técnica que los expertos llaman data poisoning o envenenamiento del conjunto de datos de entrenamiento»

Andrea no podía cerrar la boca y, con los ojos muy abiertos y un escalofrío recorriendo su espina dorsal, siguió escuchando:

«Así las cosas, y estando con mucha probabilidad contratados por un gobierno que deseaba hacer desaparecer a la diplomática disidente, el grupo se ha dedicado durante años a introducir pequeños cambios enfocados a sembrar ideas concretas que provocasen acciones en los pequeños usuarios».

«De este modo, a las 3:42 de la mañana del pasado lunes, el pequeño Kiryll, de seis años, tomaba un cuchillo del cajón de la cocina, accedía a la habitación de la diplomática Ekaterina Novikov y, subiéndose a su cama y con extrema frialdad, seccionaba el cuello de

su madre alcanzando de manera profunda la arteria carótida mientras repetía “Mamá está triste, el Tío Willy me ha dicho que la ayude y que será feliz”, ante el absoluto pánico de su padre».

«Los servicios de emergencia no pudieron hacer más que certificar el fallecimiento de la diplomática. El menor ha pasado a disposición judicial y ha sido puesto a cargo de los servicios sociales y psicólogos expertos en traumas infantiles mientras el juez del caso estima las acciones oportunas».

Andrea rompió a llorar mientras un villancico con alegres campanitas sonaba en el televisor.



David Fernández Vaamonde

David Fernández Vaamonde (1977) es coruñés, ingeniero informático y un apasionado de la tecnología desde los ocho años. Desde muy joven ha leído género, jugado al rol y disfrutado de juegos de ordenador de fantasía. Actualmente comienza a escribir muy influenciado por la fantasía urbana de Ben Aaronovitch y la ciencia ficción y el tecnohorror de Ted Chiang. Hay quien cree que ha creado esta antología solo para publicar su primer relato. Es el creador de Sonos Sonoros, un proyecto que experimenta con la audioficción y el sonido en el género fantástico.



[@david_fv](https://twitter.com/david_fv)



[@david_fv](https://www.instagram.com/david_fv)



[@davidfv.bsky.social](https://bsky.app/profile/davidfv.bsky.social)



<http://www.davidfv.net>



Asociación Española contra el Cáncer

<https://colabora.contraelcancer.es/dona>

Sinterklaas

Penélope Fernández

9



Todas las leyendas comienzan con sangre.

Estamos en una tierra de inviernos espantosos, sumida en el miedo y la superstición, donde aún creen en los rituales. Hoy, en esta aldeíta rodeada de bosques, donde las chimeneas nunca se apagan, es el solsticio de invierno, el día de la Noche Más Larga, en un diciembre que aún no se llama así. Cuando el mundo muere y los humanos deben realizar un sacrificio para que vuelva a amanecer. Suele ser un animal cazado ese mismo día, pero este año...

Los vecinos van metiendo una mano en las tripas del jabalí y la estampan con furia contra la pared blanca. Ragna ve su casita pintada de rojo y corre a la del druida, protegiendo su vientre hinchado con los brazos. El anciano Jorgen, afligido, confiesa que nacer en la Noche Más Larga conlleva morir sacrificado. Es una ley tan antigua como el tiempo.

Que el bebé no tenga un padre que le proteja lo hace todo más conveniente.

—Por favor... por favor —suplica ella, con la frente apoyada contra las botas del anciano.

Jorgen es druida porque sabe muchas cosas. Por ejemplo, que la mayoría de los dioses exigen sacrificios, pero solo aquellos que ofrecen regalos a cambio de ofrendas comprenden el verdadero poder de la fe. Y le explica que el dios que los protege, el que no protegerá al bebé de Ragna, no es el único que aparece en esa noche tan especial.

Al anochecer, cuando los verdugos van a por Ragna, descubren que no está en casa. Pero hay pisadas frescas en la nieve, de una sola persona que corre con torpeza hacia el bosque. Los cuatro verdugos conocen el riesgo que supone el frío, pero deciden seguir las huellas.

Tambaleándose de árbol en árbol, con los dientes apretados, cada jadeo se clava en el pecho de Ragna como agujas de hielo, y su vientre contesta con fuertes contracciones. Ya ha aceptado que nunca volverá a casa.

Entonces los verdugos alcanzan a la figura que corre, le arrancan la capucha y, furiosos, le clavan un cuchillo en el corazón. Luego reemprenden la desesperada persecución buscando a la verdadera Ragna, espoleados por el miedo a que nunca vuelva a amanecer.

Tras ellos queda el druida Jorgen, su enjuto cuerpo embutido en un vestido de mujer, la capucha bien ceñida para ocultar sus facciones. Exhala su último aliento, la sangre de su pe-

cho congelándose en estrellas, pero ha conseguido darle a Ragna su regalo del solsticio: un poco más de tiempo.

Ragna ha llegado, al fin, al santuario que le indicó el druida muerto. Tirada en un charco de nieve roja con su bebé en brazos, eleva una súplica con sus últimas fuerzas a ese extraño dios del que nunca oyó hablar. Aunque falta mucho para la salida del sol, un resplandor dorado emerge tras los troncos desnudos y los hace parecer guirnaldas.

Ante ella aterriza Odín, al que llaman Sinterklaas, en un trineo tan primitivo que parece un montón de troncos recién talados. Es gigantesco, con un torso del tamaño de un tonel y los músculos de un leñador, la piel casi azul por los numerosos tatuajes. Lleva el pelo trenzado y untado en grasa, a la manera de los bárbaros, y su ojo vacío está permanentemente cerrado.

Cuando salta a la nieve y se acerca a Ragna, la peste a sudor rancio la asalta como una ola. Sleipnir, el caballo de ocho patas que tira del trineo, se burla con un bufido.

—Sinterklaas —llora Ragna, que ya no puede levantarse. Con el cuerpo abierto, cubierta de sangre y tiritando de frío, espera su fin. Sabe que el santuario nunca fue para ella—, por favor, acepta a mi bebé.

—¿Es tu ofrenda? —La voz de Odín es tan grave y cálida como el crepitar del fuego. Todos le hacen ofrendas, esperando regalos a cambio.

Ragna, sin embargo, le tiene reservada una sorpresa.

—Es tu regalo —gime ella.

El dios, incrédulo, levanta al bebé en sus manazas y lo examina con cuidado. Es la primera vez que alguien le hace un regalo a él.

—Estoy complacido con mi regalo —contesta con voz profunda. Corona al bebé con acebo, y cada baya es una gota de sangre derramada por él. Una por su madre, otra por el druida, y cuatro más por los verdugos que ya han perecido esa noche a causa del frío—. Necesita un nombre.

Ragna no puede oírle ya. Sinterklaas sonríe al bebé y, de repente, sabe exactamente cuál será el propósito de su existencia. En el futuro, cuando el mundo cambie, él también deberá hacerlo, pero debe quedar alguien que recorra el mundo en la Noche Más Larga. Que recompense las ofrendas con regalos.

—Mikulás —proclama Odín con orgullo.

El pequeño Mikulás gorjea, feliz.



Penélope Fernández

Penélope Fernández (Sevilla, 1976) cursó la carrera de Biología sin saber que, en vez de formarse para estudiar virus mortales, en realidad se estaba preparando para escribir historias de terror científicamente correctas.

Ha publicado relatos de terror en varias antologías, además de dos novelettes (*Peter Fand*, de Hela Ediciones y *Las Treinta Mujeres del Capitán Jack*, de Ediciones Dorna). Más adelante publicará otras historias de terror y fantasía, pero, aunque aún no sepamos con qué editoriales, sí estamos seguros de que estarán llenas de elementos oscuros, escalofriantes y muy, muy realistas.



[@penelopefernandezoficial](https://www.instagram.com/penelopefernandezoficial)



[@penelopefernandez.bsky.social](https://bsky.app/profile/penelopefernandez.social)



<http://penelopefernandez.com>



Oxfam DANA Valencia

<https://www.oxfamintermon.org/es/emergencia/personas-vulnerables-afectadas-dana#form>

Luces en el bosque

Andrea Valeiras Fernández

10



El bosque estaba especialmente oscuro aquella tarde. Jon maldijo a su yo del pasado, que había dejado el asunto del árbol para el último momento. Si hubiera sido previsor, podría haber ido a la ciudad y comprado uno artificial. Pero había sido un diciembre muy ajetreado y su mente había encerrado el concepto de «Navidad» en una cajita con diez llaves en el sótano de su consciencia. En cualquier otra ocasión ni se le hubiera pasado por la cabeza ir a cortar un abeto y llevárselo a casa. Pero, aquel año, toda la familia iba a visitarlo por primera vez desde que se había mudado a aquel paraje de la España Vacuada. Sus padres, hermanos y sobrinos llegarían en pocas horas para la cena de Nochebuena y esperaban un ambiente navideño tradicional. Era su deber dárselo. Encontraría el mejor árbol del bosque y lo tendría listo para recibir a sus invitados, junto a la chimenea encendida y la mesa llena de dulces.

Tenía la sensación de que el frío se le había metido dentro, podía notar cómo sus huesos se llenaban de escarcha. Avanzó entre los irregulares senderos en los que la maleza campaba a sus anchas. Se había internado en una parte del bosque que nadie visitaba, nadie se había molestado en despejar los caminos. Mejor así: más posibilidades de encontrar un árbol decente y menos de ser descubierto; no sabía con exactitud cómo estaba regulada la tala furtiva en aquella región, pero estaba bastante seguro de que lo que iba a hacer era ilegal. Debía darse prisa: aunque apenas eran las cinco de la tarde, estaba anocheciendo y necesitaba los últimos rayos de sol para llevar a cabo la tarea. Continuó andando, perdiéndose y volviéndose a encontrar por los asilvestrados caminos sin un rumbo fijo, guiado únicamente por una extraña intuición. En cierto momento, llegó a un enclave del bosque que parecía aguardarlo. La extensión estaba salpicada de flores que Jon no había visto jamás, similares a las amapolas pero con los colores invertidos: semillas rojas y pétalos negros. El claro estaba flanqueado por siete majestuosos abetos. Sobre uno de ellos, un petirrojo lo observaba con curiosidad, llamándolo con su trino. En aquel momento, el hombre supo que una de las ramas de aquel árbol debía ser suya. La imaginó en su salón, decorada con farolillos de luces blancas y los adornos de madera que había tallado su abuelo.

No tenía motosierra, pero sí un hacha. Unos cuantos golpes bastarían. Trepó por el tronco hasta situarse junto a la rama que quería, sobre la que todavía estaba el petirrojo. El hombre había llevado sus aparejos de escalada y los aseguró para buscar cierta estabilidad y no

depender de su precario sentido del equilibrio cuando empezase a talar. El pajarillo no parecía asustado ni tenía intención de moverse, pero Jon se acomodó a su lado, seguro de que, en cuanto la madera comenzara a partirse, el ave emprendería el vuelo. Se colocó a horcajadas sobre la parte más gruesa de la rama, preparado para cortar la parte delantera. Un sonido bajo el árbol llamó su atención pero, cuando se asomó a mirar, no vio a nadie. Debía de haber sido algún animal que huía tras detectar su presencia. Tanto mejor, pensó, no quería víctimas cuando la rama emprendiese su caída. Inspiró profundamente y se dispuso a levantar el hacha. Escuchó un ruido a su espalda; el petirrojo debía de haber huido al fin.

Tres hachazos resonaron en el bosque, seguidos por el sonido deslizante del bulto de ochenta kilos que cayó sin alcanzar el suelo.

Cuando la familia de Jon llegó a la casa, un mal presentimiento flotaba en el aire. Estaba cerrada a cal y canto, y de la chimenea no salía humo. Sin embargo, las ventanas estaban empañadas. En una de ellas se veía una flecha roja, torpemente dibujada. Al seguirla, encontraron otra sobre la tierra del sendero que llevaba al bosque. Los hermanos de Jon, invadidos por una inexplicable inquietud, dejaron a los niños con los abuelos y emprendieron el camino en busca del anfitrión desaparecido. Durante un par de kilómetros dieron vueltas en círculo, ya que las flechas pintadas sobre la tierra se confundían con la oscuridad. Casi se habían rendido cuando unas luces en lo alto de un árbol llamaron su atención. Apretaron el paso hasta llegar a un claro lleno de flores negras y siete altísimos abetos. De uno de ellos colgaba el cadáver de Jon, atado con sus cuerdas de escalada alrededor del cuello y rodeando todo su cuerpo. Anudados a ellas había una serie de farolillos blancos y adornos de madera. Sobre su cabeza inerte se posaba un petirrojo con aire triunfal, testigo de la venganza que el bosque se había cobrado tras tantos años de arboricidios despiadados.



Andrea Valeiras Fernández

Andrea Valeiras es periodista y doctora en literatura inglesa. Está claro que lo suyo son las historias: ha leído muchas, ha escrito bastantes y, de momento, ha publicado unas cuantas en revistas como Raigame o Pulporama y en las antologías *Pánico*, *Cuentitis Aguda*, *Terrorífica Navidad*, *Hopepunk*, *Cabezología* y *Visiones 2024*. Acaba de ganar el III Premio de novelette de Droids&Druids, con *La maldita casa de los Ulloa*, una novela corta de género hopepunk, que se publicará en 2025. También tiene un libro de ensayo sobre la presencia de *Alicia en el País de las Maravillas* en la cultura popular y muchas historias a medias que van cogiendo forma en su ordenador, en las notas del móvil y en una indecente cantidad de libretas con portadas de mapas y flores.



[@aryaflintstark](https://twitter.com/aryaflintstark)



[@dontmiss60b](https://www.instagram.com/dontmiss60b)



[@aryaflintstark.bsky.social](https://bsky.app/profile/aryaflintstark.bsky.social)



Proyecto Salvem les Fotos

<https://www.ge-iic.com/producto/crowdfunding-salvem-les-fotos/>

Noche de Reyes

Yolanda Fernández Benito

11



Aunque no lo creas, la Navidad es una de mis épocas favoritas. Me encanta ver cómo los humanos olvidáis vuestras envidias y enemistades, para transformaros en seres de luz que irradian bondad y alegría. Bueno, olvidar, lo que se dice olvidar, no olvidáis, solo camufláis esos sentimientos, a la espera de que se apague el último led de las estridentes luces navideñas para volver a sumergiros en vuestra anodina vida rebosante de animadversión hacia vuestros semejantes.

La verdad es que, puestos a elegir entre los hitos de estas entrañables fiestas, y sin despreciar el atractivo que para mí tiene el buffet libre de solitarios borrachos regresando a casa en el que se convierte la Nochevieja, confieso que la cabalgata de Reyes es mi favorito. Supongo que será por la novedad. El cambio de año lleva festejándose con comilonas y borracheras desde tiempos inmemoriales, pero los desfiles rindiendo pleitesía a los supuestos Magos de Oriente son de anteaer, y todavía sois capaces de sorprenderme año tras año con nuevas invenciones.

Y no solo me refiero a lo visual, las carrozas llenas de luces de colores y animados pasacalles están entretenidas, pero lo que más me atrae es el gentío que se hacina en un metro cuadrado para ver pasar la comparsa y cazar al vuelo un puñado de empalagosos caramelos.

Como aún es pronto para que los niños y no tan niños empiecen a atestar las calles, queda tiempo para contarte lo más entrañable que he visto en una cabalgata y que sucedió aquí mismo, debajo de mi ventana.

Aquella tarde, llevaba un rato observando cómo las familias iban tomando posiciones delante de las vallas de seguridad. Mira, uno de los cambios a los que me refería. Antes los chiquillos se amontonaban en la parte delantera sin ningún orden; sin embargo, ahora, con las nuevas protecciones, reina un nuevo orden: los niños delante y detrás, a modo de parapeto, sus mayores. A ver, que me voy por las ramas. Como te iba diciendo, estaba oteando en busca de una presa fácil, disfrutando de las primeras atracciones, cuando vi a aquella adorable ancianita que se acercaba al gentío en busca de un hueco desde el que poder disfrutar del espectáculo.

Hace unas décadas, nadie hubiese evitado que aquella enjuta anciana pasase delante de los adultos, pero vuestras costumbres no siempre evolucionan a mejor. Desde esta posición, fui testigo de cómo la pobre señora se afanaba en intentar colarse entre los progenitores que

hacían de pantalla humana y pasar al hueco donde siete muchachos se entretenían viendo el espectáculo a través de las pantallas de sus móviles. Tal fue su insistencia, que uno de los enormes padres se retiró para que pudiese ver a las criaturas y se convenciese de que aquel no era sitio para ella. Al ver la resignación en su ajada cara, el padre quiso compensarla con un puñado de caramelos, provocando el enfado de su caprichoso hijo.

En ese momento, no tuve dudas sobre el menú que degustaría aquella Noche de Reyes. Como cada año, esperé a que terminase la cabalgata y se disolviese el gentío. Saltando de tejado en tejado, seguí a la familia hasta una animada plaza donde, mientras los padres se refrescaban con alguna que otra cerveza, los niños jugaban a su aire. Con paciencia, esperé a que el niño caprichoso se alejase del resto yendo en busca de un balón perdido. Cuando me disponía a descender desde mi posición, volví a verla. La anciana se acercó al niño ofreciéndole el puñado de caramelos de la discordia. El crío extendió la mano con la misma rapidez que la vieja le apresó el brazo. De un tirón, lo introdujo en un enorme saco de arpillera que llevaba oculto entre la ropa, lo cargó al hombro y huyó de la plaza como alma que lleva al diablo. Todo había sucedido a una velocidad tan endiablada que estoy seguro de que ningún ojo humano había sido capaz de captarlo.

Me quedé cual efímera gárgola, encaramado al tejado de la iglesia que presidía la plaza de los juegos y las terrazas, admirando la maestría con la que aquella malvada bruja nos había engañado a todos. Como no soy un temerario y dos desapariciones infantiles en una noche tan señalada iban a ser demasiado, me conformé con la espirituosa sangre de uno de mis borra-chines habituales.

Con tanta cháchara se me ha ido el santo al cielo y la cabalgata está a punto de empezar. Ya sabes cómo va esto, si te ha gustado esta historia dame un like y suscríbete a mi canal.

Por cierto, una cosita más, si has bajado hasta los confines más oscuros de la red para disfrutar de este contenido, tal vez yo no sea el único monstruo que pulula por estos lares.



Yolanda Fernández Benito

Nací en Valladolid hace más de medio siglo. Ciudad en la que sigo anclada y trabajando como empleada de banca para pagar la hipoteca. Disfruto observando el anodino mundo que me rodea buscando caras, imágenes y sonidos que me sirvan de inspiración para crear mis realidades paralelas. Me gusta experimentar con distintos géneros, personajes y extensiones, pero reconozco que siempre, en mayor o menor medida, acaban teniendo un toque siniestro y oscuro. Varios de mis relatos han sido seleccionados para formar parte antologías, publicados en revistas o premiados en concursos. No tengo blog propio, podéis encontrar mis criaturas y más información en el blog Cylcon (ACLCFT).



[@yolanda58209721](https://twitter.com/yolanda58209721)



[@yolanda58209721](https://www.instagram.com/yolanda58209721)



[@yolanda58209721.bsky.social](https://bsky.app/profile/yolanda58209721.bsky.social)



<https://aclfcft.wordpress.com/2018/01/01/conociendo-a-nuestras-socias-yolanda-fernandez-benito/>



SED ONGD

<https://sed-ongd.org/como-ayudar/colabora/>

Tanto de el Grinch como de Mariah Carey: **12**

Literatura navideña, una lista.

Daniel Pérez Castrillón



¿Puede un libro ser también un calendario de adviento? Esta es la historia de cómo un simple *tweet* se ha convertido en un proyecto increíble. El 25 de octubre descubrí —mientras trabajaba— el libro *Un corazón por navidad* (TBR, 2024), una historia de Sophie Jomain de corte romántico donde los capítulos vienen sellados para que leas uno cada día hasta el 24 de diciembre. Sin embargo, más allá del interés del libro

como objeto curioso, mi publicación sobre él ha derivado en un proyecto múltiple, coordinado por Ana Saiz y David Fernández en las últimas semanas, llamado *Adviento Fantástico 2024*, y donde cada día (como bien sabéis) se está destapando una casilla con diferente contenido. Y si estáis aquí, en este artículo —no es casualidad ni un milagro navideño, ya lo siento— es porque me han invitado a participar y soy una de esas casillas.

Todos tenemos claro a estas alturas que la Navidad —con N mayúscula, siempre— es mucho más que una festividad anual (si no leed *Breve historia de la navidad*, de Andy Thomas) que conmemora el nacimiento de Jesucristo, por mucho que su raíz etimológica inglesa se empeñe en ser *Misa de Cristo*. La fiesta final tras los 24 días de Adviento está rodeada de una liturgia ceremonial que se repite año tras año. Las comidas imposibles, las decoraciones luminosas, los regalos (que no quieres), las (interminables) cenas de empresa, las tarjetas, los (odiosos) villancicos y las reuniones familiares han mutado la celebración del nacimiento de Cristo a lo largo de los años. Probablemente, a poco que penséis, estoy seguro de que una serie de películas vendrá a vuestra mente para la época: *El apartamento*, *Bad Santa*, el Turbo-man de *Un padre en apuros*, *Elf*, el Nicolas Cage arrepentido de *The family man*, *Pesadilla antes de navidad*, las míticas entregas de *Solo en casa*, *Love Actually*, y la mejor película de navidad de todos los tiempos: *Jungla de cristal*. Sin embargo, aquí hemos venido a hablar de libros. Cojan su *pumpkin spice*, ponche de huevo, *rompopo*, *glögg*, chocolate caliente o lo que tomen, que empezamos.

Una de clásicos navideños

Cuando me puse a pensar sobre títulos de navidad, de primeras no se me venían a la cabeza más que los clásicos como *Cuento de Navidad* (y sus tropecientas ediciones), de Char-

les Dickens o *El cascanueces y el rey ratón*, de E.T.A. Hoffman. Sin embargo, después me di cuenta de que en realidad hay unas cuantas (más) obras literarias notables que se desarrollan en la época navideña o, que por fortuna o casualidad, contienen la Navidad entre sus temas centrales. Por ejemplo, nuestro querido detective Poirot vivió en 1938 unas *Navidades trágicas*, donde debe resolver un asesinato que sucede en una reunión familiar de Nochebuena. En su estela, la heredera (OFICIAL) de Agatha Christie —Sophie Hannah— ha escrito *Misteriosa noche de paz* (2024, Espasa), un nuevo caso de Hércules Poirot donde debe salvar la celebración de Navidad.

¿Quién no ha vivido unas navidades *narnianas*? C.S. Lewis nos regaló en *El león, la bruja y el armario* un viaje especial como alegoría de la crucifixión de Cristo. Charles Dickens nos dejó unos cuantos cuentos más de orden navideño, como *El hechizado* (1848) o *Las campanas* (1844). Por supuesto, tenemos el clásico *¡Cómo el Grinch robó la Navidad!*, la obra de Dr. Seuss que nos lleva a Villa-Quién y critica la visión de la Navidad como algo (¡ups!) comercial. No nos olvidemos de *Visiones de azúcar en ciruelas*, una historia de Janet Evanovich que propone una escapada festiva con duendes poco convencionales y puro caos festivo. *Un recuerdo navideño* (1963), de Truman Capote, *El carbunclo azul* (1892) de Arthur Conan Doyle, la *Nochebuena* (1832) de Nikolai Gogol o *El abeto* (1844) de Hans Christian Andersen podrían cerrar este apartado.

¿Pero es que nadie va a pensar en los niños? La Navidad, más allá de su celebración, en la literatura también ha sido un foco para la literatura más clásica. No puede faltar el clásico poema *Una visita de San Nicolás*, de Clement Clarke Moore, que escribió para sus hijos. Por supuesto, uno de los más reconocidos será *El expreso polar* (1985), de Chris Van Allsburg, donde un joven niño (sin nombre) se sube a un tren hasta el Polo Norte, donde Papá Noel seleccionará a uno de ellos para que reciba el primer regalo de Navidad. La heroicidad de salvar las navidades de *La caja de las delicias*, de John Mansfield, las aventuras escritas por Cornelia Funke de *Cuando Papá Noel cayó del cielo*, así como las que narra Frank L. Baum en *Vida y aventuras de Santa Claus* (1902); y por supuesto, muchas de las historias de la sueca Astrid Lindgren recopiladas en el libro *Historias de Navidad*. Tampoco nos olvidemos de Los Cinco de Enyd Blyton, que también vivieron *La Navidad de los cinco*.

Recopilaciones navideñas

Una de las primeras cosas literarias que me recuerda la Navidad son las *Cartas de Papa Noel*, de J. R. R. Tolkien, una colección de cartas escritas e ilustradas por el autor entre 1920 y 1943 para sus hijos, de parte de Papá Noel y su secretaria elfa. Las recopilaciones de histo-

rias y cuentos navideños son una costumbre habitual (del pasado) que vuelve, como demuestra la llegada a las librerías de *Noches de Navidad* (2023), una antología coordinada y publicada por la editorial Duermevela donde ocho autoras del fantástico nacional reinventan los tradicionales cuentos de Navidad con nuevas historias plagadas de magia y sabiduría antigua, de brujas, aldeas perdidas y reinos recónditos. Lo mismo hace *Una navidad así* (Tusquets, 2024), cuentos con las insólitas historias navideñas de algunos de los autores con más talento de la literatura española seleccionadas por Elisa Ferrer.

Un vistazo también hay que darle a *Días de navidad: Cuentos y recetas*, un libro de Jeanette Winterson que contiene doce historias de la autora, escritas en cada Navidad, con susodichas recetas. El título no miente. Ya sabemos que suceden cosas extrañas en las oscuras noches invernales de diciembre, por eso *Sunless Solstice: Strange Christmas Tales for the Longest Nights* (lo siento, solo está en inglés) es un curioso vistazo a la festividad de la Europa del Norte. En Alma Editorial también nos proponen varias antologías, como *Cuentos de Navidad*, *Cuentos de Navidad Clásicos* o *Cuentos de Navidad Misteriosos*. Tampoco nos olvidemos de los más pequeños, ya que, por ejemplo, inspirada por Roaldh Dahl, tenemos *Charlie y la fábrica de Navidad y otros cuentos* (Alfaguara, 2024), doce historias con los personajes más conocidos de Dahl como protagonistas.

Fantasía, humor y misterios navideños

Si pienso en literatura de Navidad, fuera de los clásicos de Dickens y compañía, lo primero que se me viene a la cabeza es *Papa Puerco* de Terry Pratchett. La vigésima novela de Mundodisco, cuarta de la saga de la Muerte, aquella donde la misma Muerte debe salvar la Navidad después de que los Auditores de la Realidad hayan encontrado un método para asesinar a Papá puerco, el trasunto de Papá Noel en Mundodisco. Más humor nos puede dejar el siempre recomendable David Sedaris, con su libro *Holidays on Ice* (solo en inglés, sorry), una colección de seis piezas de humor en torno a la Navidad. El conocido John Grissam imagina *Una navidad diferente*, un perfecto antídoto a los cuentos de Navidad más empalagosos en un giro de comedia inesperado. La octava novela de Christopher Moore, *El ángel más tonto del mundo*, donde un ángel (Raziel) es enviado a la Tierra para cumplir el deseo de un niño, sin embargo, es tan inepto que provoca que un gran grupo de zombis hambrientos de cerebros salga de sus tumbas y se abalance sobre los habitantes del pueblo.

Hablemos ahora de *Nada es para siempre*, de Roderick Thorp, o, más bien, el libro sobre el que se hizo *Jungla de Cristal* (por lo tanto, es BUENA). Hace unos años también pudimos leer en español *Hiddensee: El cuento del Cascanueces que fue y será*, una revisión de los

orígenes del cuento popular en tono oscuro, místico y esperanzador. El realismo mágico es una fuente perfecta para la Navidad, como bien hace notar *La cabaña del gato de Yule* de Lili Hayward. Una de las que siempre pienso que me gustaría ver en español (Cristina Macía approves) es *The Toymakers*, una novela de Robert Dinsdale donde Papa Jack, un emporio de juguetes mágicos que parecen vivos, esconde oscuros secretos que la llegada de la joven Cathy Wray destapará con su llegada. Otro que debería existir es *Secret Santa*, de Andrew Shaffer, donde nos prometen un *The Office* fusionado con Stephen King. Y me dejo para el final el que deseo con todo mi corazón —y tiene más probabilidades— que nos llegue algún día, *The Wood at Midwinter*, una novela corta ilustrada por Victoria Sawdon de la gran Susanna Clarke que nos dará una chispa de fantasía navideña.

Un poquito de horror navideño

Puedes ser más de El Grinch o de Mariah Carey, ya lo dice el título, todo depende de lo que te guste *Halloween*. El terror siempre ha ido de la mano de la Navidad, con unas cuantas historias que agarran la mitología cristiana para retorcerla a través de los horrores del mundo. Por ejemplo, en Minotauro, la antología *Cuentos victorianos de fantasmas para Navidad* da una buena muestra de ello. También lo hace *Navidades de miedo*, otra colección de historias de corte clásico para leer acurrucados junto a la chimenea y en un ambiente netamente festivo protegidos por nuestra mantita. Sin embargo, si hay un libro de terror que para mi es el rey de la Navidad es el *NOS4A2* (Nocturna, 2020) de Joe Hill. Allí, Charles Manx es un peligroso psicópata que va secuestrando niños para llevarlos a la Tierra de la Navidad, un lugar maravilloso donde todos los días del año es Navidad y la infelicidad es ilegal. Pero *Christmastland* no es tan divertida como podría parecer.

En la línea debería estar —aunque no tan navideño— en esta lista *Fantasmas*, de Peter Straub, donde cinco amigos se cuentan historias de fantasmas una noche casi navideña. Por supuesto, *El resplandor*, en ese invernal y aterrador Hotel Overlook. También, tangencialmente, la enigmática obra de Ian Reid titulada *Estoy pensando en dejarlo* (Adn, 2020), que desprende una sensación nostálgica e invernal con algo siniestro detrás. En este grupo también debería estar *En la tormenta*, de Taylor Adams, una sangrienta novela donde una chica intenta llegar a casa para las vacaciones de Navidad. No debemos olvidarnos de el excelente cuento (¡vivan los cuentos!) corto *Las Vísperas de Navidad de la Tía Elise*, de Thomas Ligotti o *La chimenea*, de Ramsey Campbell. Para acabar el apartado, me he dejado dos que espero pidáis a vuestros editores de referencia que traduzcan y publiquen. Primero, más clásico, *Krampus: The Yule Lord* de Brom, una fábula moderna sobre el enemigo número uno de Pa-

pá Noel. El segundo —y más especial— son los volúmenes de *The Valancourt Book of Victorian Christmas Ghost Stories*, una impresionante colección de historias bellamente ilustradas para disfrutar una horripilante Navidad. Buscadlos y llorad conmigo.

Que no falte un romance navideño

Detectar un libro de romance navideño es fácil: probablemente lo ponga en la cubierta. Por si no es el caso, si tiene un abeto, la portada es de color verde o incluso, los cantos pintados (tan de moda) son rojos, es un 99% seguro que cumpla su objetivo. Y si no, que se lo digan a Cherry Chic, que ya es el segundo año que hace la misma jugada. El año pasado, *Imperfectas navidades* (cubierta roja, cantos verdes), este, *Inesperadas navidades* (cubierta verde, cantos rojos). El romance, o más bien las *rom-com*, son en general un género muy adecuado para lo navideño. El cine ha dado buena cuenta de ello, y si no que le pregunten a Netflix cuántas de estas produce cada año. O a mí, cuántas me trago. Una que me gusta recomendar —aparte de por ser producto *made in Spain*, aunque uno sea más Grinch que de Mariah Carey— es *Una navidad escocesa*, una novela de Mónica Gutiérrez que cuenta una misteriosa y entrañable historia de Navidad con toque fantástico.

El club de la navidad, El lamento de Sally, Un día de diciembre, Un escaparate navideño, Una Navidad muy fun, fun, fun, Bajo el muérdago, Todo lo que quiero eres tú, Todo fue culpa de la nieve, Érase una vez en Navidad, Una Navidad de cuento. La lista es larga, pero que muy larga, dado que casi todas las autoras y autores de romántica en algún momento u otro de su carrera han caído en las garras navideñas. El problema, probablemente, en este caso, sea qué escoger. Reconozco que no soy el tipo de lector del género, pero es evidente que no podían faltar en este artículo. Uno que me llama la atención es *Los doce días de Dash y Lily*, donde cuando solo quedan doce días para la Navidad, la época favorita del año de Lily, sus amigos recurren a lo mejor de Manhattan para ayudar a Lily a recuperar el espíritu navideño de la ciudad de Nueva York (*New York, New York!*), una época y un sitio diferentes a cualquier otro en el mundo. O, como este, para finalizar este artículo, y como esto al final va de libros, *The Christmas Bookshop*, de Jenny Colgan, un libro sobre reflotar una librería en las festividades.

Feliz Navidad.



Daniel Pérez Castrillón

Librero | Divulgador literario 📖

Fantasia | Ciencia Ficción | Terror

Redactor en Windumanoth 🗨️

Académico de los Kelvin 505 ⌚ | Embajador de Rethrick 🧐

Estudioso del Mitchellverse 🌀 | Tejedor de Luz ✨



[@Mangrii](#)



[@mangrii](#)



[@mangrii.bsky.social](#)



[@mangrii90](#)



<https://boywithletters.blogspot.com/>



Fundación Enki

<https://www.enkiproyecto.com/producto/donaciones/>

El protocolo

Andrés Granbosque

13



A32: Las luces deben verse desde el exterior. Así lo marca el protocolo.

HUMANO: Eso no tiene sentido. Nadie las va a ver desde fuera.

A32: Es lo que debemos hacer. La tradición es que las luces iluminen el interior pero también sean visibles desde el exterior.

HUMANO: Eso es una estupidez. Las luces no iluminan. Solo parpadean y nada más.

A32: Las luces son parte de la Navidad. Son las estrellas que veían nuestros antepasados.

HUMANO: Tú lo has dicho. Estrellas muertas del pasado. Aquí no hay nadie que pueda verlas. ¿Te imaginas a alguien golpeando la escotilla porque le atrajeron tus lucecitas?

A32: Es improbable, pero una de sus funciones es mostrar al exterior la felicidad del interior.

HUMANO: Felicidad. ¿Qué felicidad? Como si supieras lo que es eso.

A32: Conozco la fisiología y psicología humana mejor que tú, si me permites decirlo.

HUMANO: Felicidades.

A32: Gracias. Entonces, ¿me ayudas con las luces?

HUMANO: Es una pérdida de tiempo, A32.

A32: Define pérdida de tiempo.

HUMANO: Este teatro. Las luces, la música. El intento de mantener vivo algo que ya nadie recuerda bien.

A32: Son unos días asignados a la celebración. Está en el protocolo.

HUMANO: Sí, sí. Pero es inútil, ¿no lo ves? Los humanos ya no sabemos por qué lo hacemos. ¿Por qué sigues haciéndolo tú?

A32: Porque eso es lo que hacen los humanos en esta fecha.

HUMANO: No... no, eso es lo que *hacíamos*. Cuando vivíamos juntos, en ciudades, en familia o como fuese, cuando había algo que celebrar. Ahora solo es un eco en tu cabeza de metal.

A32: Las celebraciones no se rigen por lógica, pero tienen una función, por eso se siguen haciendo.

HUMANO: Es absurdo.

A32: Las luces significan algo, ¿verdad?

HUMANO: Significaban. Ahora no sé qué son. Nada más que luces. Si acaso...

A32: Si acaso, ¿qué?

HUMANO: Una ilusión. Algo que uno mira para entretenerse.

A32: Entretenerse es un buen propósito.

HUMANO: Ya no, amigo, ya no. ¿Por qué sigues insistiendo? Esta... imitación de la alegría me pone enfermo. ¿Qué esperas, que después me ponga a cantar?

A32: El protocolo incluye canciones.

HUMANO: El protocolo, el protocolo... ¿Qué sabes tú de lo que se hacía y por qué se hacía?

A32: Pero es necesario. Lo ordena el sistema. Si no lo hago, entonces... entonces no sé qué hacer.

HUMANO: No te cansas de decir lo mismo. No te cansas de actuar como si todo fuese bien cuando todo está jodido.

A32: No está *jo-di-do*. Si las luces están en su lugar correcto, el árbol bien decorado, y la música suena en el momento justo... entonces es Navidad. Todo sigue como antes.

HUMANO: Esto es una farsa. Sabes que falta lo más importante.

A32: Sé que lo ideal sería compañía humana. Pero estamos tú y yo. En la Tierra también había personas que celebraban la Navidad solas. Quizá fuera triste, pero era menos triste que *no* hacerlo.

HUMANO: ¿Tú crees que esto va a terminar alguna vez?

A32: No es eso. Si sigo haciéndolo, si sigo decorando... si sigo con esto, tal vez algo cambie.

HUMANO: Ya está todo muerto. Y tú no vas a devolverle vida a lo que, por otra parte, nunca me gustó demasiado.

A32: Entonces... ¿qué debo hacer? ¿Qué hago con todo esto?

HUMANO: Lo mismo que todos han hecho. Abandonarlo.

A32: «Lo que está roto, no lo arreglamos, lo vivimos». ¿Recuerdas esa frase?

HUMANO: No.

A32: La dijiste tú. La repetías mucho.

HUMANO: Hace mucho tiempo de eso.

A32: Las cosas ya estaban rotas entonces.

HUMANO: Pero queda algo. Al menos, no pensaba que fuésemos a estar aislados... para siempre.

A32: Te propongo un trato.

HUMANO: ¿En serio vas a negociar por unas estúpidas luces?

A32: Las luces no son estúpidas. Ni tampoco inteligentes.

HUMANO: Bien dicho.

A32: ¿Quieres escuchar mi trato?

HUMANO: Dispara.

A32: Regálame eso.

HUMANO: ¿El qué?

A32: «Lo que está roto, no lo arreglamos, lo vivimos».

HUMANO: ¿Qué quieres decir?

A32: No intentemos arreglar la Navidad. Cedo en eso. Pero vivámosla, tal cual es... tal cual puede ser *ahora*. Pasemos por ella, nada más.

HUMANO: No quiero vivirla. (No tienes idea de cuánto duele)

A32: Solo deja que pase. Yo te haré otro regalo.

HUMANO: ¿Por qué diablos estás empeñado en que nos hagamos regalos? Si ni siquiera tenemos nada que regalarnos.

A32: Porque lo dice el protocolo. Los regalos no solo sirven para hacer feliz a quien lo recibe. Sobre todo, le sirven a quien los ofrece. Ya sabes, por lo de dejar ver en el exterior lo que hay en el interior. Como las luces.

HUMANO: Qué pesado con las luces.

A32: Déjame terminar de colocarlas y tendrás mi regalo. Estaré callado hasta que pase la Navidad. El silencio. Creo que será un buen regalo.



Andrés Granbosque

Me resulta muy difícil ser humano y supongo que por eso me gusta escribir sobre robots o monstruos. La literatura es mi manera de hacer activismo. Me gusta la filosofía y jugar con las palabras. He publicado la novela *El enemigo común* (Gato Mojado Editorial, 2022) y coordino la antología benéfica anual *Orgullo Zombi*, que en 2024 ha llegado a su quinta edición.



[@granbosque](https://twitter.com/granbosque)



[@andresgranbosque](https://www.instagram.com/andresgranbosque)



[@granbosque.bsky.social](https://bsky.app/profile/granbosque.bsky.social)



<http://granbosque.es>



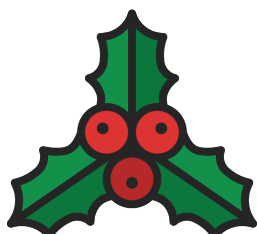
Proyecto Malala (Asociación AMPARA)

<https://asociacionampara.org/haz-una-donacion/>

Perlas rojas

Alicia Arias Acuyo

14



Erik era incapaz de concentrarse en el entrenamiento. A pesar de su destreza evitando estocadas y de su habilidad con la espada, aquel día el sable de algunos de sus compañeros había llegado a rozarle en más de una ocasión.

Dos pensamientos dominaban su mente aquella fría jornada de invierno: la batalla del día siguiente y el anillo que parecía quemarle la piel a través de la tela del bolsillo de su pantalón.

Miró a Eira para tranquilizarse. La encontró practicando golpes contra un compañero a pocos metros de distancia. Su forma de luchar, caracterizada por blandir dos espadas y prescindir del escudo, desconcertaba a cualquier contrincante. A Erik le ponía nervioso que combatiera tan desprotegida, pero al verla pelear, esquivando sablazos como si bailara y arremetiendo con todas sus fuerzas en cuanto se le presentaba la ocasión, no podía sino sentir orgullo.

La amaba con todo su corazón desde que tenía uso de razón. Y ella sentía lo mismo por él.

Eira consiguió acorralar a su adversario, quien se dejó caer sobre la mullida capa de nieve que cubría el suelo. Victoriosa, sonrió a Erik mientras le guiñaba un ojo.

Este se llevó la mano al bolsillo y palpó el anillo. Estaba decidido: aquella tarde le pediría matrimonio.

Sabía que contaría con la aprobación de ambas familias. No era ningún secreto que llevaban años enamorados y, además, se trataba de una unión ventajosa para todos, ya que tanto él como Eira eran soldados de prestigio del reino de Snowmere.

El único inconveniente residía en aquellos rumores de una posible emboscada por parte del reino de Rimehold. Por el territorio de Snowmere confluían varias de las rutas comerciales más importantes de la zona y eso hacía que fuera el blanco de muchas disputas territoriales. Tan pronto como los mercaderes traían noticias de posibles asaltos, el rey organizaba al ejército para adelantarse y aprovechar el factor sorpresa.

Por ello, el rey les había comunicado que al día siguiente atacarían Rimehold antes del amanecer.

A Erik aquello le llenaba de intranquilidad. Aunque Snowmere contaba con armas más sofisticadas y modernas, sabía que los guerreros de Rimehold los superaban en número. Estaba seguro de que ganar no iba a ser sencillo.

Cuando terminaron el entrenamiento y los instaron a descansar antes de la batalla, Erik y Eira se desviaron, como solían hacer, al lago que daba nombre a su reino. Allí, lejos de miradas indiscretas, pasaban horas juntos hasta que las primeras estrellas llenaban de brillo el firmamento. Aquella tarde, los frondosos pinos y abetos se reflejaban en la superficie del lago, cubierta por una gruesa capa de hielo, y el resplandor de la luna parecía otorgar al lugar una atmósfera mágica.

Erik no pudo esperar más y le pidió matrimonio. Ella, con lágrimas en los ojos, aceptó.

El viento invernal mecía las hojas de los árboles mientras ambos se fundían en un abrazo. Se prometieron estar juntos para siempre y, después, se despidieron con un beso con sabor a nuevos comienzos.



Tras horas de lucha, Snowmere ganó la contienda, aunque a un alto coste: la sangre teñía el terreno nevado y las bajas en ambas tropas se contaban por decenas. Erik, magullado y con varias heridas superficiales, buscó a Eira con desesperación, pero no la encontró.

Confió su caballo a un compañero y puso rumbo al lago. Habían acordado verse allí en cuanto todo terminase.

Esperó durante lo que le pareció una eternidad. Cuando ya se temía lo peor, la vio en la distancia. Eira caminaba con paso renqueante, cubriéndose el vientre con el brazo. Su rostro estaba pálido.

Corrió hacia ella, pero antes de que pudiera alcanzarla, Eira se desplomó, dejando un rastro de sangre en el suelo. Bajo la armadura se apreciaba una profunda herida de sable.

Erik se arrodilló, haciendo crujir la nieve bajo sus pies, y la estrechó entre sus brazos. Eira levantó su ensangrentada mano para acariciarle la mejilla. Después, la dejó caer al tiempo que cerraba los ojos para no volver a abrirlos.

A través de las lágrimas, Erik solo logró ver el sinfín de perlas rojas de sangre que bañaban la nieve alrededor de la joven. En ese instante, recordó la promesa que se habían hecho la noche anterior y, sin dudar, hundió la hoja del sable en su pecho.

Los cuerpos de ambos vieron pasar las estrellas, las lunas, los soles y las estaciones. Todos ellos, testigos de su promesa y apenados por su trágica historia, unieron sus fuerzas a las de los espíritus del lago y obraron un milagro: devolverles la vida.

De esta forma, un año tras la muerte de los jóvenes, cuando un manto níveo volvía a cubrir la tierra y el agua del lago permanecía protegida por el escudo del hielo, a la orilla del lago crecieron dos pequeños árboles: fuerte y robusto el de él, ligero y valiente el de ella, te-

niendo este último un sinfín de frutos rojos, como perlas rojas de sangre, entre cada grupo de hojas. Sus ramas se enroscaban con ternura y se protegían de cualquiera que osase molestarlos por medio de unas hojas afiladas y punzantes que harían sangrar a cualquier enemigo.

Así nacieron los primeros árboles de acebo, que con el tiempo se expandirían por todo el reino. Muchos años después, llegarían a nuestros días como uno de los más puros símbolos de amor, adornando nuestras Navidades y permitiendo a los jóvenes amantes cumplir su promesa de estar juntos para siempre.



Alicia Arias Acuyo

Alicia Arias Acuyo nace en el verano de 1996 en A Coruña, ciudad en la que nadie es forastero, con sangre astur corriendo por sus venas y rodeada de peluches de animales. Ingeniera informática de profesión, compagina líneas de código con sus múltiples pasiones: lectura, escritura, pintura, piano, series, videojuegos e idiomas.

Ha sido finalista en el concurso de microrrelatos de Foro Dimensión Oculta y el concurso Jóvenes Talentos de la Fundación Coca-Cola, y ha participado en antologías como *Todas las flores*, *Regala poesía por Navidad*, *Revista Exogénesis*, *Juana* de Autor Autopublicado, *De locos y sombreros*, *Una Navidad de locos*, *Antología Giritos*, *Quemando carretera* de Altavoz Cultural, *El origen del País de las Maravillas* de Tinta Púrpura Ediciones, *Hanami: Antología benéfica* del III certamen de haiku Kasumi, *Fuyu no Hoshi: Antología benéfica* del IV certamen de haiku Kasumi y *Huellas Antología Benéfica*.



[@Leeward_96](#)



[@alicia_arias_acuyo](#)



Asociación sin ánimo de lucro para la protección de animales en Santander - Chema Berbil Bautista

https://www.paypal.com/donate/?hosted_button_id=MCLPE9R7WXGTG

Una vez más, desde el principio

Marta Inés Rodríguez

15



Tina Ramos recorrió asqueada los lineales del supermercado. Llevaba tres meses comiendo turrón y mazapanes. Como en el próximo análisis le hubiera subido el colesterol, su doctor iba a matarla. Creía firmemente en su amenaza; para algo era un nigromante, además de un excelente médico.

Jingle bell, jingle bell, jingle bell rock...

Dos adolescentes pasaron por su lado a toda velocidad en un patinete eléctrico, entre el lineal de quesos y el de los yogures. Meneó la cabeza con resignación. El mundo se iba a la mierda y esta vez no era culpa suya. Cogió turno en la pescadería y se dispuso a esperar; había al menos quince personas por delante de ella. Bien, pensó. Era el lugar ideal para observar sin llamar la atención.

All I want for Christmas is youuuu...

Se fijó en una jovencita con unos auriculares enormes que bailoteaba sin el menor recato al son de los villancicos del hilo musical. Tina reflexionó un instante. ¿No estaba escuchando su propia música? No había terminado de hilar esa idea cuando la anciana situada a su derecha comenzó a mover los hombros rítmicamente sin soltar el andador sobre el que se apoyaba. Entonces, lo vio.

Santa Claus is coming to town...

Se deslizaba con sigilo, como una corriente de aire. En realidad, era poco más que eso a ojos de Tina, y completamente invisible a los de los demás. El pescadero se había subido al mostrador y le cantaba con arrobo al enorme besugo que estrechaba entre sus brazos. Más allá, dos reponedores improvisaban una coreografía en el pasillo del detergente.

Last Christmas, I gave you my heart...

Con el supermercado convertido en una discoteca de los ochenta, Tina zigzagueó esquivando a los clientes bailongos en pos del demonio etéreo que los había poseído. Se sintió aliviada al alcanzar el exterior, pero su mala suerte no había hecho más que empezar. Los turistas británicos habían tomado las calles desde primera hora. No parecían más borrachos de lo

acostumbrado, pero sí sorprendentemente rítmicos. Aquello iba a ser más duro de lo que había pensado. Se plantó en mitad del paseo marítimo, con los brazos en jarras y resoplando. Se lo había dicho mil veces a Agnetha desde que había cumplido los sesenta: empezaba a estar demasiado vieja para esa mierda. Pero su jefa le contestaba que era entonces cuando pasaban realmente desapercibidas en aquella ciudad en la que llevaban más de medio siglo cazando criaturas de otros mundos. Y no se refería al alemán con el pechamen tatuado que en ese momento se lanzaba sobre ella. Se agachó y cargó contra él, la cabeza baja y la espalda doblada en forma de cuña contra sus costillas, de tal manera que lo proyectó y lo hizo volar por los aires.

Con mi burrito sabanero, voy camino de Belén...

Mira, no, por el burrito sabanero sí que no iba a pasar. Con razón los poseídos se estaban poniendo agresivos. El rebufo maléfico crecía y se había convertido ya en un veloz remolino. A tomar por saco, pensó. No tenía intención de continuar persiguiéndolo por toda la ciudad, así que tendría que llamar su atención. ¿Cómo decía su nieta? ¿La autoestima hasta el cielo y el perreo hasta el suelo? Pues habría que perrear.

—¡Eh, tú, diablejo de medio pelo! —gritó—. ¿Has visto esto?

Y comenzó a menear las caderas en un remedo geriátrico de algo parecido al *twerking*. El torbellino frenó en seco y a Tina le pareció que se carcajeaba. Lo que le faltaba, que un rebufo de aire cabreado se riera de ella. Tendría que cambiar de táctica.

—Pajaritos a bailar... —cantó, con poca convicción—. El piquito has de mover y las plumas sacudir...

Entonces sí, el remolino enfureció y arremetió contra ella. Sin dejar de agitar un brazo como si estuviera manca de un ala, utilizó el otro para rebuscar algo dentro del bolso que llevaba cruzado a la espalda. Cuando lo encontró, las pequeñas arruguitas alrededor de los ojos se contrajeron en una sonrisa perversa. Lanzó el objeto con la fuerza y la técnica de un bateador profesional. Después, la ciudad dejó de bailar y Tina respiró aliviada.

...  ...

En la recepción del Only Demons, la banshee del mostrador saludó con una leve inclinación de cabeza que provocó que el gorrito de Santa Claus se tambaleara. Solo hacía falta echarle un vistazo a Tina para saber que no estaba de humor para sus gritos.

Agnetha Gustafsson la esperaba en el bar del hotel, apoyada en el bastón que usaba desde el incidente en la Cala del Tío Ximo, el día que había reclutado a Tina. Aunque caminaba algo encorvada y la melena rubia era ahora de un blanco azulado, su imponente figura de val-

kiria nórdica de casi dos metros no había perdido un ápice de majestuosidad, remarcada por el sempiterno parche en el ojo.

—Llegas tarde. Y vienes hecha un asco, pareces Bruce Willis en un mal día.

—Estuve meneando el esqueleto por ahí.

—Ya me han contado, ya.

—Veo que las noticias vuelan.

—Algunas las trae el viento —ironizó—. ¿Dónde lo tienes?

Tina sacó del bolso una bola de cristal en cuyo interior revoloteaba un torbellino de copos de nieve. No le hizo falta agitarla, el demonio prisionero se revolvió como una fiera enjaulada, incrementando la intensidad de la ventisca.

—Feliz Navidad, jefa.

—Guau, es fantástico. —La admiración era sincera—. ¡Excelente trabajo!

El camarero, un viejo orco que, como ellas, había conocido tiempos mejores, les sirvió dos copas de cava y se giró hacia el reproductor de música.

Tina lo fulminó con la mirada.

—¡Eh, tú, fulano, ni se te ocurra! Pon esas zarpas donde pueda verlas.

Agnetha le guiñó su único ojo.

—Venga, mujer, qué te cuesta. Una vez más, desde el principio.

Rockin' around the Christmas tree...



Marta Inés Rodríguez

Leonesa nacida en Valladolid en 1978. Jurista de formación, desfacedora de entuertos de profesión y filóloga en proceso. Ha publicado relatos en diversas antologías, ha sido dos veces finalista en la web zendalibros.com y en 2021 obtuvo el primer premio del III concurso nacional de relatos sobre la minería del carbón. Con FoscaNetworks ha publicado dos novelas de la saga *Hijas de los peores tiempos: Alondra e Yvette*. En 2024 ha sido galardonada con la subvención para la creación literaria del Ministerio de Cultura por un proyecto de ensayo sobre la visión del cuerpo femenino a través de la historia.



[@moderna_siesta](#)



[@modernasinsiesta](#)



[@modernasinsiesta.bsky.social](#)



Banco de alimentos

<https://www.fesbal.org.es/donacion-economica>

Bajo la escalera

Isabel Pedrero

16



Silencio.

No hables.

No te muevas.

No respires.

Que no sepan que estás aquí.

¿Has asegurado todo? ¿Has dejado los vasos de leche y los zapatos brillantes? ¿Has comprobado que el agua está fresca y limpia para los camellos? Piensa. Repasa una vez más cada detalle, aunque sea mentalmente. Ya no puedes salir del refugio bajo la escalera. Sabes lo que te pasará si lo haces.

Los gritos llegan desde la calle, en algún lugar lejano. Ya están aquí, pero aún no están cerca de tu casa. Vendrán. Como cada año. Nunca faltan a la cita. Pero aún tienes tiempo. Un poco, al menos.

Levántate. Acércate a la puerta del refugio y comprueba, una vez más, que no hay grietas por donde puedan colarse, que el cierre es totalmente hermético e impenetrable. No te preocupes por el oxígeno, sabes que tienes suficiente para pasar la noche. No es tu primera vez. Y esperas que tampoco sea la última.

Vuelve a tu rincón.

En silencio.

No hables.

No te muevas.

No respires.

Que no te encuentren.

Es el momento de hacer balance y repasar cada momento que has vivido este último año de forma minuciosa. Crees que has hecho lo correcto. Que cada paso ha sido seguro. Que cada respuesta ha sido amable y cada gesto, generoso. Pero ¿podrías asegurarlo? ¿Tanto como para salir del refugio y dormir plácidamente en tu cama esta noche? No. Por supuesto que no. Siempre hay algo. Es inevitable. Aunque a ellos eso les da igual. Así son las cosas: bueno o malo; correcto o incorrecto. No hay medias tintas ni justificaciones. Son implacables.

Escuchas sus pasos. Ya están aquí; en tu casa. Reconoces el chirriar de la ventana del salón y el chasquido inconfundible de la tabla del suelo del pasillo que aún no has arreglado. Los ropajes susurran y el papel de regalo cruje. Porque hay papel de regalo, por supuesto. Arriba, los niños duermen felices esperando con ilusión lo que habrán dejado bajo el árbol para ellos; sus deseos perfectamente envueltos con colores brillantes. Ellos sí lo merecen. Ellos aún son puros. Ellos están en la lista buena. ¿Y tú? ¿Sabes en qué lista estás? Conoces la respuesta y por eso estás aquí, en tu refugio bajo las escaleras.

En silencio.

Sin hablar.

Sin moverte.

Sin respirar.

Deseando que no te encuentren.

Piensas en las noticias que cada seis de enero abarrotan los titulares y no puedes evitar pensar que cada año son peores; más crueles y sádicas. Cuerpos golpeados hasta la muerte, con los órganos destrozados por el báculo de oro; infelices que dejaron una rendija abierta por la que el incienso se coló hasta morir asfixiados y personas embalsamadas con mirra, mientras aún estaban con vida, sintiéndolo todo y sin poder hacer nada por sus vidas.

Si tuvieras que elegir una muerte, ¿cuál preferirías? ¿Oro, incienso o mirra?

Se han detenido. Sabes que no se han ido y que solo están parados frente a las escaleras, a punto de bajar. No necesitas verlo para tener la absoluta certeza de que es así. Y conoces el motivo: están ahí por ti. Te están buscando. Ellos no necesitan comprobar la lista para saber cómo te has portado durante este año. Lo saben. Igual que tú. Y por eso estás aquí.

Comienzan a bajar.

Escalón a escalón.

Sin prisa.

Sin pausa.

Vienen a por ti.

Te buscan.

Y te han encontrado.



Isabel Pedrero

Isabel Pedrero (León, 1979) es una autora de pulp, fantasía oscura y ciencia ficción que lleva escribiendo desde pequeña. En marzo de 2018 seleccionaron uno de sus relatos para una publicación por primera vez y, desde ese momento, ha publicado casi 50 relatos y 4 novelas: *Omega* (Insomnia, 2021), *999 Pedazos* (Cerbera, 2022), *Intra* (Distrito93, 2023) y *Arena* (Droids&Druids 2024).



[@mhheels](https://twitter.com/mhheels)



[@soyisabelpedrero](https://www.instagram.com/soyisabelpedrero)



[@isabelpedrero.bsky.social](https://bsky.app/profile/isabelpedrero.bsky.social)



<https://isabelpedrero.com/>



Juegaterapia

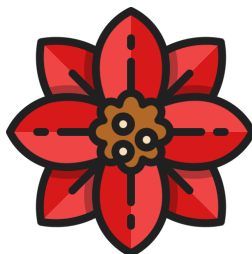
<https://www.juegaterapia.org/colabora/>

Navidad sin ti

Irene Falcón González

17

El árbol perdió el color,
olvidó su brillo,
abandonado en el rincón
que, ahora vacío,
extraña tu presencia.



Quinta Navidad sin ti,
y no sé cómo afrontar
que no estás aquí.
Que tus arrugas,
mapa del tiempo,
no volverán a sonreír.
No volverán a sonreírme.
Porque no estás,
porque te fuiste.

La casa no es hogar
sin tus sobres a escondidas,
sin ese regalo extra,
sin tus miradas cómplices
ante las palabras majaderas.
La Navidad no es nada sin ti.

Las luces no brillan
si tú no las enciendes.
Los adornos no decoran
si tú no los criticas,

si no nos reímos
de la torcida estrella.
Quinta Nochebuena sin ti,
y sin saber afrontar
tu desgarradora ausencia,
salgo de mi habitación
y dibujo mi máscara de sonrisa
para que los pequeños,
los que no tanto te vivieron,
puedan ver el árbol brillar
en una piel cuyo mapa
aún no queda marcado
por ese cruel tiempo.

Entonces te veo.
Traslúcido en el rincón,
ante el árbol apagado,
ya sin color.
Debería tenerte miedo
porque las ramas del árbol,
reflejo de tu vida,
marcan que se acabó el tiempo,
que no existes,
que se acabó.

Pero no te temo,
¿cómo te temería?
Eres tú.

Aun sin palabras
sé cómo actuar,
porque por fin,
tras años buscándote
entre todos mis recuerdos
estás aquí.
Estás conmigo.
Tu voz, inexistente,
toca mi alma.
Tus manos, incorpóreas,
acarician mi cabello,
agarran mi mano.
Te siento,
te veo,
te oigo.
No estás aquí,
pero estás conmigo.

Coloco la estrella torcida,
casi tropiezo, como siempre hacía,

escucho tu risa.
Aprieto tu mano intocable
y sé que, aunque te vayas,
la Navidad existirá sin ti.
Porque hagas lo que hagas,
vayas donde vayas,
siempre estarás aquí.

No te toco,
pero te siento.
El árbol brilla
y desapareces,
mas siento tu abrazo,
que será siempre ese regalo.

Quinta Navidad sin ti,
primera Navidad brillante
en cinco años,
desde que sé que estás aquí.



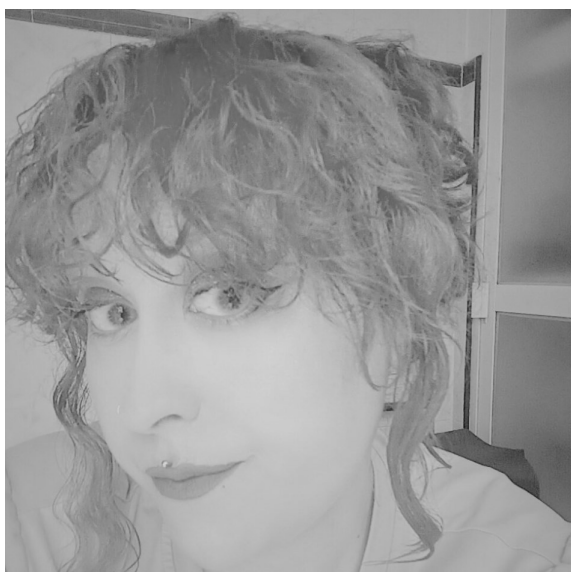
Irene Falcón González

Nacida en Cádiz en 1992, Irene Falcón González respira, lee, escribe y rima desde San Fernando, una ciudad cercana a su capital, aunque aún busca un hogar que aguarde su intensidad, su alma y sus versos. Siempre se recuerda con un lápiz en la mano y mil historias que contar. No tiene muchas cosas claras, pero sabe que las letras son las encargadas de marcar su camino.

Le gusta el rosa, el anime, el cine de terror, el maquillaje y las croquetas de espinacas. Caótica como ella sola, corretea de un lado para otro mientras chilla, bebe café y se hace el make-up, porque si hay algo estable en su vida, eso sin duda es el eyeliner.

Podéis leer sus desvaríos, con algo de literatura, en Twitter, donde responde como @pinkiepages, al igual que en Tiktok, donde sube poemas, y en Instagram, lugar al que sube fotos de sus lecturas, de su cara y habla sobre sus proyectos.

Actualmente podéis leerla en *Huellas*, en *El Último hospital* y *Si tu olvidas, yo recuerdo*, todas antologías benéficas, donde comparte sus dos pasiones: la poesía y el terror. También podéis buscarla en el número cinco, seis y siete de la revista Pulporama, donde comparte sus poemas. Si queréis profundizar en su faceta de poetisa, daréis con ella en el poemario que publicó el año pasado, con la editorial Loto Azul, titulado *Hidra y otras cabezas*, donde trata de temas de feminismo, traumas y salud mental.



[@Pinkiepages](https://twitter.com/Pinkiepages)



[@Pinkiepages](https://www.instagram.com/Pinkiepages)



[@Pinkiepages.bsky.social](https://bsky.app/profile/Pinkiepages.bsky.social)



[@Pinkiepages](https://www.tiktok.com/@Pinkiepages)



Stop Suicidios

<https://stopsuicidios.org/dona-hoy/>

Un deseo por Navidad

Elena Nozal Moralejo

18



«No es justo», pensó Adri, «todos los años igual».

—Si decoras una mierda con luces y espumillón sigue siendo... ¡Una mierda! —gritó zanjando la discusión con un portazo.

Sabía que sus padres no tenían la culpa de que ella odiase la Navidad, de que los adornos, la música y la felicidad que embriagaba a todos durante esas semanas —o incluso meses para algunos— le diera urticaria.

Sin embargo, le dolía que ellos fueran capaces de disfrutar las fiestas y ella no.

¿Cómo podría, si había demasiados asientos vacíos en la mesa del comedor? ¿Cuando ella sabía que su único deseo jamás se haría realidad?

—Tan solo quiero una noche más con ellos... con ella.

Tras sus palabras creyó ver brillar una estrella fugaz en el cielo, pero no le dio importancia. «La Navidad no tiene magia y las estrellas tampoco», se dijo a sí misma mientras se quedaba dormida entre lágrimas.



El silencio en el comedor la abrumaba. Estaba sentada, o más bien tirada, en el sofá, esperando la llegada de los pocos comensales que se les unirían a la mesa. Tampoco sabía si ese año su abuelo cedería a la insistencia de su madre, cosa que no la ayudaba a odiar menos ese día.

Tampoco le quedaba otra opción que hacer de tripas corazón y fingir que no le dolía sonreír y disfrutar de los reencuentros, de las comilonas y los regalos. Como si pudiera olvidar lo feliz que era su abuela cuando se reunían todos a la mesa y lo mucho que dolía echarla de menos.

Fue entonces cuando una tímida estrella recorrió el cielo, iluminándolo por unos instantes, a pesar de que no eran ni las siete, y sonó el timbre.

No se había ni levantado del sofá cuando su madre salió de la cocina, donde había estado encerrada toda la tarde, y gritó entusiasmada:

—¡Ya viene tu tía! —Nada más salir se fijó en la mesa y sonrió—. Te ha quedado preciosa, Adri.

Pero Adriana se limitó a encogerse de hombros y masculló un «gracias» inaudible.

Esperó a que su tía subiera las escaleras para abrir, pero cuando se asomó a la mirilla su corazón dio un vuelco.

Apenas pudo saludar sin tartamudear, pero no podía creer lo que estaba viendo: al lado de su tía, en medio de ella y su nuevo novio, estaba... ¡su tío! Llevaba su traje de siempre y el pelo engominado, rodeado por una luz blanquecina.

Como si fuera lo más normal del mundo, saludó a su madre, quien por motivos obvios no le contestó, pero no pareció importarle. Adriana observó con la boca abierta cómo el fantasma se movía por la casa e incluso susurraba consejos al novio de su tía.

No entendía qué estaba pasando ni por qué, pero sentía que su corazón se derretía por poder verle una vez más.

—No pongas cara de haber visto un fantasma, niña —la regañó su tía, pero Adriana no pudo evitar sonreír al ver que su tío le guiñaba un ojo.

«Si tu supieras», se dijo a sí misma, pero pronto fue sorprendida por nuevos fantasmas cuando su padre llegó del trabajo. Le rodeaban con cariño, apareciendo desde el suelo, atravesando paredes... A muchos los reconocía de los álbumes de fotos, otros muchos no los había visto antes.

Los escuchaba contar anécdotas, darle ánimos y cariño, y de vez en cuando, sin sentido alguno, su padre parecía recordar algo y sonreía, como si él también pudiera sentirlos a su manera. Adriana se preguntó si sabría que en una sala vacía estaba rodeado de gente.

La cena siguió su curso, eso sí, repleta de fantasmas que llenaban la mesa de risas que Adri creía haber olvidado. Por una vez, disfrutó de la cena y de la compañía. Por una vez no puso caras al novio de su tía, entendiendo que el corazón no tenía un espacio finito para querer, pero, sobre todo, que el dolor no era eterno.

Tampoco dudó en participar en las conversaciones de la cena, incluso contó alguna anécdota por petición fantasmal, para sorpresa de sus padres.

Sin embargo, a Adriana le pesaba una ausencia. Una silla vacía a su lado, y que no se había llenado ni por la presencia de su abuelo, ni por los fantasmas. Faltaba alguien y pronto la inundó el miedo: ¿y si estaba enfadada con ellos? La Navidad había sido *su* fiesta, llevaba su nombre, y ese año no habían puesto ni el árbol... Adri había sido incapaz porque sin su abuela no tenía sentido celebrar nada.

Su madre irrumpió en el salón con un gran pastel de jengibre y canela acompañado por una sonrisa pletórica y Adriana lo reconoció al instante.

—Llevaba años buscando la receta de mamá y ayer, como por arte de magia, apareció en mi mesilla de noche. ¡Espero haberlo hecho bien!

Adri no tuvo que probar nada para saber que sabría igual que como lo recordaba, porque ahí estaba su abuela, al lado de su madre, con su delantal rojo y su sonrisa eterna. Había estado ahí, ayudándola y aconsejándola para que la cena saliera perfecta.

Su abuela nunca se había marchado de esa casa, había estado ahí, aunque no siempre pudiera verla. Estaba en la sonrisa de su madre, en su amor por la cocina, en las manías de su tía y su forma de hablar, en las historias de su abuelo...

Hasta ese momento no había sido consciente de todas las veces que había sentido que no estaba sola. Y tal vez ese era el verdadero deseo que las estrellas le habían concedido: no era una noche más con ellos, era una vida entera.



Elena Nozal Moralejo

Elena Nozal Moralejo, conocida como Cometa, nació en septiembre de 1998. Es ingeniera electrónica y analista de datos. Siempre con una historia en la cabeza, se describe como una escritora mapa con brochazos de brújula.

En 2016, ganó su primer premio literario con el relato *Abre los ojos y*, desde 2020, ha editado junto a Teresa Plaza García las antologías benéficas: *Renacer* (AECC), *Legado* (Grandes Amigos) y *Huellas* (Protectora Ribera Navarra). Además, en 2023, Akane Editorial seleccionó su relato *Una serie de catastróficas desdichas* (*Atlas 10*).



[@escritoscometa](https://twitter.com/escritoscometa)



[@escritoscometa](https://www.instagram.com/escritoscometa)



[@escritoscometa.bsky.social](https://bsky.app/profile/escritoscometa.bsky.social)



[@escritoscometa](https://www.tiktok.com/@escritoscometa)



ONG Grandes Amigos

<https://grandesamigos.org/ayuda/>



Aldea de Trenti, noche de Navidad

Todas y cada una de las casas de la aldea recibieron sus entregas sin excepción. Bajo el yugo de la incertidumbre, los habitantes abrían los paquetes, depositados durante la noche frente a las puertas de sus hogares. Era el pago anual por sus labores y su buen hacer, por su compromiso con el Terrateniente. Los oficiales barrían las calles hasta la madrugada, lista en mano, haciendo entrega de las ofrendas. Dependiendo de cada familia y de su aportación, las ofrendas se componían de semillas, frutas, herramientas de trabajo, utensilios para el hogar, y en ocasiones hasta monedas, que ayudarían a los aldeanos a tener asegurado un plato de comida cada día del año.

Sin embargo, la noche de Navidad, el miedo se aferraba a las gargantas de los aldeanos, el miedo a recibir un pedazo de carbón en lugar de la ofrenda. Era el castigo del Terrateniente: entregar un sucio y polvoriento pedazo de carbón usado de sus fraguas, un castigo por desobediencia, falta de compromiso, vaguería o cualquier otra excusa que le viniera en gana.

Al alba, cuando los primeros rayos del sol combatían con la nieve de los adoquines, Lorea abrió la puerta de su casa y recogió su ofrenda. Con cuidado, extrajo su contenido y pronto sus dedos se ensuciaron de hollín. Había recibido un pedazo de carbón grande, negro y brillante. Lo acarició con suavidad y dejó que el polvillo negro impregnara sus huellas dactilares.

Disimulando una sonrisa de felicidad, entró de nuevo en casa.

Bosque de Basajaun, varios inviernos atrás

La madre de Anja le dio un beso de orgullo en la frente a modo de despedida. Como cada año, le tocaba trabajar en las minas del norte, donde marchaban a recoger carbón para las fraguas del Terrateniente. Al principio, la joven elfa detestaba esta tarea, de la que su familia se había ocupado durante generaciones. Odiaba con todo su corazón al Terrateniente y a sus oficiales, se le encogía el alma al pensar en los aldeanos, esclavizados a su merced. Anja nunca

había visto a los aldeanos, pues les estaba prohibido. Sí conocía al Terrateniente, y también conocía sus fraguas. Y le dolía que el carbón que ella misma recogía de las minas, ya quemado e inservible, se convirtiera en una cruel penitencia.

Un invierno, todo cambió. Ella, junto con su comitiva, descubrió una gruta en la mina que los llevó hasta un yacimiento de carbón azulado. Cuando creyeron haberse perdido en la profundidad de la montaña, encontraron, pico y pala en mano, rocas de un azul brillante. Jamás había visto nada igual. Guardó una muestra en el bolsillo y la sacó de contrabando. De vuelta en el Bosque de Basajaun, preguntó a las druidas.

—Es magia —explicaron ellas—. Una magia que el Terrateniente lleva años buscando sin éxito.

Desde entonces, los elfos tintan de negro los pedazos de magia que llevan a la fragua. Los esconden y los envuelven dentro de las punitivas ofrendas dirigidas a los aldeanos en la noche de Navidad, con la esperanza de que estos, algún día, descubran que esa ofrenda no es un castigo sino el camino a su libertad.



Elena Torró

Elena Torró es programadora informática, escribe cifi, fantasía y acertijos, y es una de las fundadoras de la asociación Droids&Druids. En octubre de 2022 autopublica la antología de relatos *Señoras galácticas buscan bestias cósmicas*.



[@elena.torro](https://www.instagram.com/elena.torro)



[@elenatorro.bsky.social](https://bsky.app/profile/elenatorro.bsky.social)



<http://elenatorro.com>



**Asociación Española de Pacientes con Dolor Neuropático,
Dolor Crónico y Neuralgia del Trigémino**

<https://www.pacientesatm.com/>

El nacimiento

Celia Corral-Vázquez

20



Todos decían que el redentor moriría en un establo. Sin embargo, cuando llegó al contramundo en el momento más frío de diciembre, lo hizo colgado por el cuello de la rama de un roble.

Las primeras en descubrirlo fueron las ánimas que vagaban por el bosque. Lo vieron aparecer como una figura que palidecía lentamente hasta convertirse en un resplandor tenue. Lo observaron largo rato, pero no se movió ni abrió los ojos, como si aún no hubiera despertado del todo. Pronto se les unieron las almas de los barrancos, de los ríos y las peñas, hasta que los pies del viejo roble se inundaron de sombras que alzaban los dedos hacia el recién llegado.

«¿Creéis que será él?».

«Claro que lo es. Sabíamos que llegaría en pleno invierno, que moriría para traernos la salvación».

«Muchos de nosotros morimos en invierno».

«Pero a ninguno vinieron a visitarlo los Primeros Espectros. ¡Mirad!».

Pocas veces se dejaban ver aquellas almas, tan antiguas como el mismísimo tiempo. A veces, con suerte, alguna de ellas dejaba ver su estela por las tinieblas del cielo y desaparecía enseguida. Por eso todos enmudecieron cuando los diez espectros, todos y cada uno de ellos, flotaron ante el árbol y se colocaron pendiendo de las ramas alrededor del ahorcado. Llevaban tanto tiempo deambulando por el contramundo que habían perdido la forma y la voz, y ahora solo se percibían como pequeñas luces temblorosas y esféricas, de colores tenues. Al mirarlas, era fácil olvidarse de lo aterrador e inmenso que era el poder que guardaban aquellas almas lánguidas.

Un río de penumbra confluyó desde todas partes: los océanos, los desiertos, las islas y volcanes muertos, las ciudades en ruinas y las ruinas bajo las ciudades. El torrente silencioso bajó por las faldas del monte y se adentró en el bosque, cargado de ánimas que buscaban beber de aquella visión gloriosa. El colgado se balanceaba en su cuerda como un cadáver empujado por la brisa, y el millar de susurros se fundían en un solo zumbido espectral.

Entonces, abrió los ojos.

Tras unos segundos convulsos, el mar de sombras quedó en silencio.

La figura semidesnuda del hombre descendió con lentitud, atravesando la cuerda de su cuello como si fueran restos insignificantes de su vida anterior. Las ánimas del suelo se apar-

taron como una brisa para dejarle sitio junto a la maraña de raíces que sobresalía al pie del árbol. Los Primeros Espectros lo acompañaron y se recolocaron a su alrededor.

«Así que ya está», dijo el redentor. «Este es el momento de mi muerte».

«Bienvenido, Señor».

El saludo se repitió como el eco de un rezo por todas las ánimas.

«Señor, ¿es verdad que predicó en vida la palabra de los muertos?», se alzó la voz de una de ellas desde la muchedumbre.

«Es cierto», afirmó el redentor.

«¿Y que profanó las tumbas? ¿Que buscó huesos y cuerpos deshechos en los cementerios?».

«¿Y almas atrapadas donde solían vivir?».

«Sí, es verdad».

«¿Es cierto que consiguió devolver a su padre a la vida?».

«Sí, aunque solo vivió durante unos momentos», atajó sin impaciencia alguna. «Todo eso es cierto, y por ello me castigaron. Me encerraron y me torturaron hasta el final».

«Señor, guíanos», suplicó otra ánima. «Llévanos hasta la salvación».

«¡Guíanos! ¡Guíanos, redentor!».

«¡Queremos conocer el verdadero más allá! ¡La vida eterna y gloriosa, la vida mejor!».

La voz del recién llegado interrumpió los ruegos con un grito:

«¿Eso es lo que queréis?».

De nuevo, el silencio imperó. El hombre aprovechó para continuar proclamando:

«La verdadera vida más allá, una vida gloriosa y eterna. ¿Quién nos llenó la cabeza con esas promesas vacías?».

Nadie respondió. El redentor volvió a elevarse en el aire, hacia las ramas, con las luces de los Primeros Espectros formando un halo a su alrededor.

«Fueron los vivos. Los vivos nos convencieron de que tras la muerte hallaríamos la compañía de nuestros difuntos, verdes praderas, luz, cielo, dicha eterna. ¿Y qué encontramos, sin embargo? ¡Un mundo muerto e inerte, apenas una sombra débil del anterior! Sin dicha, sin luz, sin pasión alguna. Solo la muerte que amenazaba con ser».

Se alzó hasta la copa del viejo roble, recortado contra las nubes grises, pero ni su voz ni el silencio perdieron un ápice de fuerza.

«¡Y mientras tanto, los vivos torturan y matan a mansalva mientras prometen salvación y vida eterna! ¡Se deshacen en embustes mientras nos expulsan a placer del verdadero mundo!».

«¿La vida eterna no existe, Señor?» se lamentó una ánima. «¿Nos han mentado?».

«¿No existe el más allá?».

«Este es el único más allá que vais a conocer», continuó él, lleno de rabia. «Aquí os apagaréis hasta desaparecer de lo que queda de vuestra existencia. La única salvación que nos queda está en el mundo de los vivos. Y yo he llegado para traéroslo».

Los Primeros Espectros se acercaron al redentor, cuyo cuerpo empezó a iluminarse como si hubiera estallado en llamas. Cuando las esferas de luz se fundieron con su figura, un fulgor inconmensurable brotó de lo que una vez fue su piel, hasta que la silueta se deformó entre haces y rayos. A sus espaldas, en la copa del roble, el aire se rasgó en dos y se abrió, como si un ventanal de luz flotase en el mismo cielo.

Al otro lado, las almas alcanzaron a ver aquello que habían perdido de vista para siempre. Praderas verdes, cielo azul, océanos furiosos en la tormenta, delfines, caballos, personas, rascacielos, ruido, vida.

«¡Vamos a recuperar lo que es nuestro!» vociferó el redentor. «¡Volvamos a nuestra tierra y hagámosla nuestra!».

Los muertos gritaron y el contramundo entero se estremeció. Un río colosal de sombras encabezadas por el ahorcado flotó hacia la copa de los árboles y se arrojó por el portal de luz hacia lo que había más allá. Cuando cruzó la puerta, antes que todos ellos, el redentor sonreía con una mueca espectral.

Había llegado el día en el que el muro entre vivos y muertos caería.

Al fin, el día en el que todos estarían juntos.



Celia Corral-Vázquez

¡Hola! Soy Celia Corral-Vázquez. Aunque soy biotecnóloga y bioinformática, lo que de verdad soy es escritora de fantasía, sci-fi y terror. Además de relatos en revistas y antologías, he escrito novelas como *Intermnemosis* (Crononauta, 2023, ganadora del V Premio Ripley), *Puedes llamarme Espátula* (Droids & Druids, 2023, ganadora del Premio Droide 2023 y del Premio Ignotus 2024) y *Ontromus*, y ahora mismo estoy publicando *Los Huesos*, una novela por fascículos que sale en el Patreon de Droids & Druids.



[@CeliaCorrV](https://twitter.com/CeliaCorrV)



[@CeliaCorralVazquez](https://www.instagram.com/CeliaCorralVazquez)



[@celiacorr.v.bsky.social](https://bsky.app/profile/celiacorr.vbsky.social)



[@CeliaCorrV](https://www.tiktok.com/@CeliaCorrV)



<https://celiacorralvazquez.wordpress.com/>



Hospital Sant Joan de Déu - investigación sobre enfermedades infantiles graves

<https://www.sjdhospitalbarcelona.org/es/colabora/como-hacer-donacion>

El regalo de solsticio

Mireia Pérez Bauza

21



Eris estaba escondida en la entrada de la cueva, agotada. Había tardado cuatro horas en llegar hasta aquí, y aún le quedaba lo más difícil: encontrar el maldito medallón.

Esa noche era el solsticio de invierno. En el pueblo ya estaba todo preparado, el árbol gigante decorado en medio de la plaza, los tenderetes en la calle con dulces y vino especiado. En casa, Daya estaría ultimando las preparaciones de la celebración para despedir el antiguo ciclo. Era también el día de darse regalos, y Eris no se iría de esta cueva sin el medallón del que su compañera le había hablado tantas veces. Era una reliquia mágica que había pertenecido a su familia durante generaciones. Pero la caza de brujas había hecho que Daya perdiera a su gente para siempre y el medallón había desaparecido.

Hasta ahora. El propietario actual era ni más ni menos que uno de los más temidos cazadores de tesoros del mundo. Y ahí estaba, a pocos metros de ella, espatarrado en medio de la cueva y roncando profundamente: el dragón Belindo.

Sabía que el objeto estaba aquí porque hacía un par de meses habían utilizado un conjuro localizador para encontrarlo. Pero, al darse cuenta de quién lo tenía, Daya había negado con la cabeza asegurando que no era tan importante. Lo habían buscado mucho tiempo y Eris, viéndole la decepción en la mirada, se prometió que lo recuperaría.

El problema era que había miles de tesoros en la cueva y no sabía por dónde empezar. Llevaba diez minutos observando la sala, que estaba increíblemente ordenada. Todo parecía estar organizado por tipo, tamaño e incluso color: cofres con monedas a un lado, armas en otro rincón, la pared más lejana llena de libros. Decidiéndose por fin, cogió aire y salió despacio de su escondite. No había dado dos pasos cuando una voz profunda habló.

—¿Quién osa venir a robar a mi guarida? —El dragón, que ya no roncaba, se giró a mirarla con ojos amarillentos y fauces llenas de dientes. A Eris se le heló la sangre.

—No quiero problemas —dijo con voz temblorosa—. He venido a por algo y estoy dispuesta a hacer lo que sea para conseguirlo.

El dragón la miró atentamente. Eris se preparó para correr.

—¿Tienes cita? —dijo él por fin, con una voz mucho más normal—. ¿Vienes por el anuncio en Walladrag?

—¿Wallaqué?

—Walladrag. Ya sabes, ¿la página que usa todo el mundo para comprar y vender cosas? Mi usuario es *Cosas_lindas_Belindo*. —Al ver a Eris parpadeando varias veces, siguió—. Pero entonces, ¿no estás aquí por mi anuncio?

—Tu anuncio...

—¡Sí! —dijo el dragón, como si fuera lo más obvio del mundo—. ¡Estoy en plena limpieza de invierno! Tengo que desprenderme de cosas que ya no me aportan—. Eris estaba segura que, si el dragón hubiera tenido brazos, los habría puesto en jarras.

—¿Haces limpieza? —Eso explicaba muchas cosas sobre el orden del lugar.

—Siempre juzgando y asumiendo que a los dragones no nos gusta el orden —se quejó el otro—. Pues yo necesito mi equilibrio. ¡Y odio el polvo! En fin, como no tienes cita, tendremos que hacer esto en persona. Dime, ¿qué estás buscando?

—¿Me vas a atacar?— preguntó Eris, que estaba cada vez más convencida de que todo eso solo podía ser una broma macabra.

—Qué manía, los humanos. ¿Por qué iba a querer atacarte? Me iba a costar el doble limpiar después. Qué quieres, ¿oro? ¿una espada legendaria? Espero que no sea un libro, porque les tengo cariño.

—¿Cómo? No, no... quiero un medallón. —El dragón asintió con la cabeza un par de veces, invitándola a seguir hablando—. Es ovalado, de cobre, de los que guardan una foto dentro, con estrellas doradas a un lado, y una inscripción que pone «Siempre unidas».

—¡Ah! Y ¿para qué lo quieres?

Eris, que aún andaba un poco confundida, decidió ser sincera.

—Es una reliquia familiar de mi compañera. Se perdió hace mucho, su familia ya no está, y se lo quiero devolver. Es mi regalo de solsticio.

—Muy bien. —Belindo parecía complacido. En un abrir y cerrar de ojos, apareció en el suelo, delante de él, el medallón—. Si lo quieres, es tuyo. Por un precio, claro.

—¿Qué me va a costar?

—Una elección. —En otro pestañeo, aparecieron delante de Eris dos puertas abiertas, pero no daban a la cueva. En una estaba todo negro, y en la otra, blanco—. Tienes que cruzar una de las dos. Si escoges bien, te quedas el medallón. Si escoges mal, me quedo tu alma.

Eris se estremeció mirando las dos puertas. No era cobarde, y Daya se lo merecía todo. Cogió aire y se dirigió hacia la puerta negra. Los caminos más oscuros normalmente eran los correctos. Pero entonces recordó las palabras de su compañera: «No es tan importante», había dicho. Solo se tenían la una a la otra. Si escogía mal... Después de varios minutos mirando a la oscuridad, dijo al fin:

—No voy a escoger.

—¿Es que no vale la pena que te arriesgues por la mujer que quieres?

—Por supuesto que lo vale —contestó Eris, frustrada—. Daría cualquier cosa por devolverle el medallón, pero no puedo darme a mí misma. Si no vuelvo a casa, se quedará sola. No voy a hacerle eso.

Se giró hacia la salida, pero la puerta negra apareció repentinamente en su camino.

—Te he dicho que no voy a escoger —dijo Eris, girándose.

—Pero ya lo has hecho. —El dragón abrió las fauces y sopló. Eris se vio arrastrada por un viento fuertísimo, y, sin poder reaccionar, acabó cayendo de culo dentro de la puerta. Belindo estaba al otro lado, en su cueva. Y a su alrededor, a este lado, el árbol decorado en un rincón del salón, las luces, el olor a comida.

Había vuelto a casa.

—Has elegido bien. —El medallón apareció delante de Eris—. ¡Feliz solsticio! —dijo Belindo, guiñándole el ojo. La puerta se esfumó y Daya apareció segundos después.

—¿Cariño? Estaba preocupada, ¿dónde estabas? —preguntó acercándose, y al ver el objeto en el suelo, sus ojos se abrieron como platos—. ¿Eso es lo que creo que es?

Eris, que también seguía en el suelo, intentando procesar lo que acababa de pasar, lo recogió y sonrió.

—Tu medallón. —Daya se arrodilló delante de ella, con lágrimas en los ojos, y le cogió el objeto de entre los dedos. Lo abrió, y juntas miraron la fotografía que había dentro.

—¿Cómo es posible? —dijo Eris, sorprendida. Daya se abrazó a su cuello.

—El medallón siempre me enseña a mi familia. Por eso sale tu foto —explicó—. Pero Eris, no me puedo creer que lo hayas recuperado. ¡Habría sido muy peligroso!

—No te creas. En realidad, el dragón me ha ofrecido una elección muy fácil. —Miró a Daya y le dio un beso—. Feliz solsticio, amor.



Mireia Pérez Bauza

Mireia Pérez (Barcelona, 1982) es bióloga, experta en comunicación científica, organizadora de saraos profesional y bailarina de samba, no necesariamente en ese orden. También escribe cuando tiene tiempo. Ha sido alumna del Ateneu de Barcelona, y publicó su primer relato, «El Ritual», en la Antología *Hopepunk* de Droids and Druids. Tiene una obsesión insana con las piratas steampunk, le encantan las sagas, Star Wars, el mar, los animales y coleccionar libros. También le gustaría leerlos pero la vida da para lo que da.



[@mia_mire](https://www.instagram.com/mia_mire)



SVPAP - Sociedad Valenciana Protectora de Animales y Plantas

<https://www.paypal.com/paypalme/helpsvpap>

Todo lo que cambia con el tiempo **22**

Laura Souto



Hacía dos años que la casa no olía así, a carne asada y a salón lleno de gente. El tiempo cambia mucho las cosas, supongo, y a la abuela ya no le apetece cocinar tanto como antes. Ahora ya solo se esmera en días como este, cuando al final del año junta a todos los primos en el salón, lleno de tapetes de ganchillo y fotos de boda de familiares que ya no parecen la misma persona.

Solemos apiñarnos alrededor de la mesa encajando las sillas como piezas de Tetris. El año pasado, el salón estuvo vacío. Este año vuelve a estar lleno, pero nadie se sienta a la mesa porque todos están atentos a los pasitos de Celia, la hija de mi primo mayor, que con solo tres meses ya camina como una experta.

Los niños últimamente están enormes.

El único sentado a la mesa es el abuelo. La preside, como siempre, y no parece sorprendido por el caminar prodigioso de un enorme bebé. Está demasiado ocupado masticando turrón (del blando, la dentadura no le aguanta bien el duro), que la abuela ha comprado en toneladas para compensar que «desde que el cerdo no es el de la casa, no sabe igual, qué va, qué va».

Desde que estuvo ingresado las últimas Navidades, el abuelo ha adelgazado mucho. Dice que no tiene tanto apetito como antes, pero hoy no parece acordarse. Lleva puesta una chaquetilla de punto que ya se le ha llenado de migas y, cuando ve que lo estoy mirando, me sonrío de medio lado. A estas alturas, ya sabe bromear con los ojos.

Me dejo caer en la silla a su lado. Quiero preguntarle si se va a pasar la noche robando uvas de mi plato como cuando era pequeña, para compensar que el año pasado se quedó dormido en su habitación del hospital antes de que diesen las campanadas. Y, sin embargo, lo que le digo es:

—Hacía tres años que la casa no olía así.

Y el abuelo no se quita el turrón de la boca, pero tampoco lo muerde. Solo me mira. Parece dudar entre borrarse la sonrisa o sonreír más.

—Nadie se da cuenta de que en el último Fin de Año no cambiamos de año.

Él mastica y tarda un poco en contestar.

—¿Y tú sí?

La verdad es que no. Pero miro a Celia y, madre mía, eso no es un bebé de tres meses. A mí me han salido muchas canas para un solo año. Miro al abuelo y recuerdo su cara en el hospital, esa tan distinta a la que tiene ahora, pero cuando intento pensar en el año parece un sueño.

Año, año, año. Creo que ya no puedo decirlo en voz alta. Las letras no tienen sentido cuando se juntan.

Así que yo tampoco me acuerdo, pero aun así asiento.

Ahora el abuelo no espera a masticar. Con la boca todavía llena, me dice:

—Pásame el bastón, que este año me ayudas.



El tiempo solo es lo que hacemos con él.

Al menos así me lo explica el abuelo cuando nos subimos al coche. Se repanchinga en el asiento del copiloto como si la situación a él no lo marease, porque imagino que no lo hace. Mientras le ayudo a ponerse el cinturón, me dice:

—Me daba curiosidad ver cuál de vosotros sería el listillo que se daría cuenta.

El tiempo es lo que hacemos con él, pero el abuelo hace un poco más que el resto, e imagino que a partir de ahora yo también. *Por listilla*.

Las luces navideñas de las casas de los vecinos parecen pegarse al aire cuando iluminan la niebla y los faros del coche también lo hacen cuando los enciendo.

—¿Adónde vamos?

—A preparar el reloj para que cambie de año. Como se me pase dos años seguidos, los de arriba me tirarán de las orejas.

—Abuelo, ni de coña llegamos ahora a la Puerta del Sol, eh. —Son las diez de la noche. Pensar en pasar otro año sin que den las doce estando en familia me hace apretar el volante con más fuerza.

Pero el abuelo se ríe.

—Porque Madrid es el centro del mundo ahora, ¿no? Calla, *muller*, calla. Vamos al faro de Punta Nariga, para las once estamos de vuelta.

Yo dudo. De todo. Pero mientras meto primera suspiro eso que le he escuchado decir a él tantas veces:

—Puede ser verdad, que mentiras hay muchas.

En esta ocasión, resulta ser cierto. Cierto lo del tiempo que pasó y no pasó y cierto que llegamos a las once. También es cierto que algunas cosas nunca cambian, porque el abuelo me roba uvas del plato y, mientras le dejo hacerlo, paseo la vista entre el reloj y la mesa abarrotada de gente. Pienso que no parecen las mismas de las fotos, pero que lo son, aquí y ahora. Que están clavando los dientes en el tiempo como los clavan en la comida.

Y que esto es lo que yo quiero hacer con el tiempo.

Suena una campanada, otra, y así hasta doce. Y cuando todos se felicitan el Año Nuevo, es realmente un nuevo año.

Laura Souto

Laura Souto Queijo (A Coruña, 1998) se aventuró en el mundo de la escritura a los catorce años, cuando empezó a publicar su primera historia en un blog. Algunos de sus personajes e historias han acabado por ver la luz a través de antologías de relatos como *Wanderlust 1* y *Wanderlust 3*, *Huellas Antología Benéfica*, *Corrientes de cambio*, *Orgullo Zombi 4*, *Érase otra vez* y *Érase otra vez... Villanos*, y su relato en gallego «Como se xestiona unha crise» recibió el tercer premio en el III Certamen de literatura LGTBI+ Atlantic Pride. Además, ha participado como ilustradora en varios fanzines.



[@Lunnk_art](#)



[@Lunnk_art](#)



[@lunnk.bsky.social](#)



[@Lunnk_art](#)



FALGAR - Federación Alzhéimer Galicia

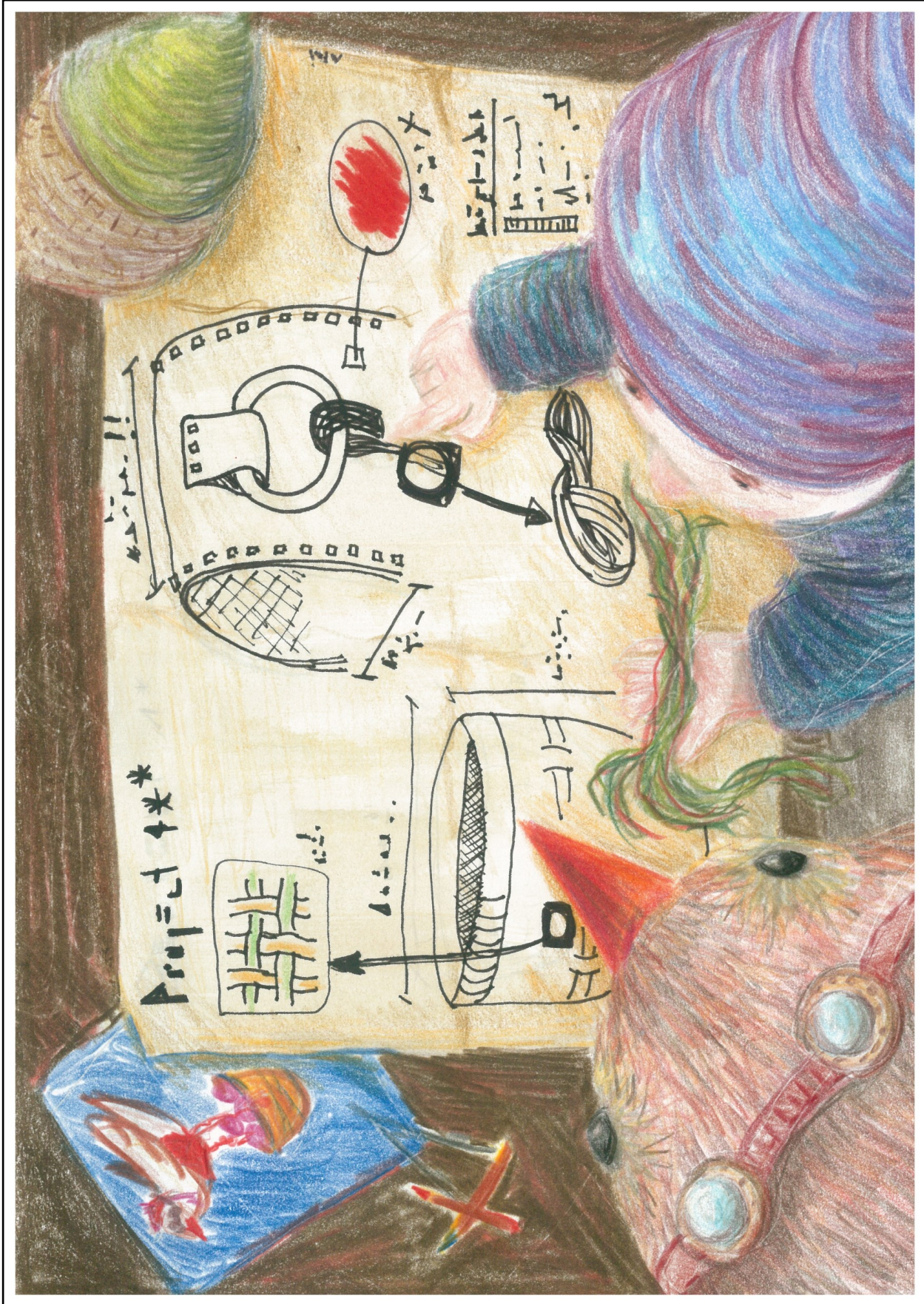
<https://fagal.org/doar-es.html>



La idea de Arnulfo

Ariadna Sanz

23



—La lista de Deseos de bayas y semillas ya está completa. ¿Cómo vamos por aquí?
—Ya casi lo tenemos, Arnulfo. Estamos reforzando las cadenas para mayor seguridad.
—Haz que sea espectacular, Rodola.

Ariadna Sanz

Bióloga sin bata ni bota, trabaja en pro de la salud pública. Devoradora de libros, le gusta abrir ventanas donde hay poca luz. Hace ya unos años que ha recuperado el gusto por mancharse los dedos y, de paso, tus papeles. A veces baila.



[@adna.sanz](https://www.instagram.com/adna.sanz/)



Arrels fundació

<https://www.arrelsfundacio.org/es/colaborar/donativos/>

El jolgorio de los paganos

Beatriz Alcaná

24



A Oliver Cromwell, lord protector de la extinta Mancomunidad inglesa, no pudo hacerle menos gracia que una gélida mañana de invierno de 1661 se le metieran en la cripta de Westminster Abbey los prosélitos de Carlos II y lo desalojasen del nicho en el que ya empezaba a hallarse cómodo. Subieron el ataúd a una carreta y se lo llevaron a Tyburn para ejecutarlo. ¿A cuento de qué, si llevaba dos años muerto? Chifladuras de realistas. Sacaron el cadáver, lo auparon al cadalso y le echaron una horca al pescuezo. Tampoco fue plato de gusto que lo colgasen como a un vulgar maleante. La venganza es un plato que ha de comerse frío, no en estado de descomposición.

Más aún debió molestarle que liberasen de la soga su cuello consumido para de inmediato rebanárselo. Tenía que pagar por haber ordenado, doce años antes, que hicieran lo propio con Carlos I. Cabeza por cabeza, rodó la del finado igual que lo había hecho en su día la del rey. Pensaréis que así terminó su calvario. Ni mucho menos.

El cuerpo lo descuartizaron. La cabeza, que es lo que aquí nos incumbe, se la llevaron de vuelta a Westminster, pero no para regresarla a su nicho original, sino para clavarla en una pica y dejarla expuesta tanto a la intemperie como a las miradas morbosas del vulgo.

Transcurrieron los días y las semanas. Al cráneo de Cromwell se le enredaron los copos de nieve en los cuatro pelos que le quedaban. Llegó la primavera y, con ella, el presentimiento de que aquel martirio iba para largo. Comenzó el verano y, de la misma que al antiguo lord protector se le agostaban los parietales, la sospecha se confirmó. Pasaban los meses y los viandantes sin que nadie moviera un dedo.

Esto a Cromwell le daba rabia. Que corrieran las estaciones —¡los años!— y siguiera allí trinchado como un pollo, ya le habría fastidiado a suficiencia. Con lo serio y circunspecto que había sido él en vida, y en muerte se veía degradado a la condición de pelele, de espantapájaros sin torso ni extremidades. Y encima teniendo que contemplar, con las cuencas vacías de los ojos, cómo volvían a perderse las buenas costumbres que los puritanos habían impuesto al pueblo inglés. Resurgieron los bailes y la alegría, las fiestas, los banquetes y la perversa dramaturgia. Llegaron a sus pútridos oídos noticias de que habían reabierto los teatros y de que, ahora, hasta permitían a las mujeres actuar sobre las tablas. Bien creía que era cierto, ya que veía cada tarde damiselas vestidas de colores vivos y untadas de maquillaje, con las melenas al viento y una sonrisa en los labios. ¿Qué podía esperarse de ellas, si hasta sus maridos se embuchaban camisas de encaje y pelucas con coladas de tirabuzones?

Pero eso no fue lo peor, ni de lejos. Para Cromwell, lo más duro fue volverse involuntario testigo del retorno de la fiesta papista por antonomasia, el «Jolgorio de los Paganos»: la Navidad.

Durante más de una década, el gobierno puritano se había cuidado de que nadie entonase un villancico ni celebrase un banquete para conmemorar el nacimiento del Niño Dios. Se prohibieron los adornos, los dulces y hasta tomarse el día libre. ¡Pobre del que osara brindar en Navidad! Una misa y a dormir. Muerto Cromwell y derrocados los puritanos, las gentes inglesas no dudaron en desempolvar las guirnaldas, hornear de nuevo pecaminosos *mince pies* y danzar al son de *Boar's Head Carol*. «¿Iría con segundas la elección del himno?», se preguntaba Cromwell en su picota. Quizás sí, quizás no. Al cabo de un par de años, buena cosa le importaba a nadie la cabeza del finado lord protector. Las actrices pasaban de largo sin volver siquiera la mirada hacia la hastiada calavera, los hombres se atusaban los rizos ignorando al pobre decapitado y los niños ya ni se molestaban en arrojarle cáscaras de bellotas. Era la cabeza un pináculo más en Westminster, insignificante como la hoja seca de un fresno en otoño; la sombra borrosa del tedio olvidado.

La cabeza de Cromwell se tiró lustros allí arriba. Su única alegría en todo ese tiempo fue la de ver Londres arder en 1666. ¡Qué merecido lo tenían! ¡Impíos! El fuego al final se aplacó, no así la indignación de Cromwell, que siguió aguantando año tras año el jolgorio y los villancicos que tanto le habrían hinchado las venas, si no se le hubieran secado ya todas.

Dicen, también, que cuando al fin una tormenta partió en dos la pica y la cabeza cayó al suelo, un avisado centinela se la guardó bajo la capa para llevársela a su casa y colocarla en la chimenea. Llegados a este punto de la historia, no daría yo un penique por la veracidad del relato, pero parece ser que, al llegar la Navidad, la hija pequeña del centinela se apiadó del lord protector y tuvo a bien colgarle encima una ramita de acebo antes de darle un beso en la frente y desearle unas felices fiestas. Hay quien sostiene que aquella Nochebuena, a la calavera de Cromwell se le escapó una lágrima mientras los niños cantaban *Boar's Head Carol*.



Beatriz Alcaná

Beatriz Alcaná (Béjar, Salamanca) siempre ha sentido debilidad por las humanidades. Primero estudió Filosofía y después Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Su primera novela corta, *Spolia*, obtuvo en 2022 el segundo Premio del Certamen Alberto Magno. A finales de ese mismo año ganó el Premio de Novela Corta Marta Portal con *Echidna*. En 2023 fue galardonada con el XXVII Premio Ciudad de Salamanca por *Teseo en llamas* (Ediciones del Viento) y en 2024 se hizo con el XVIII Premio Encina de Plata con la novela corta *Un círculo completo*. Su último libro, *El evangelio del lobo* (Versátil Ediciones), acaba de salir a la venta.



[@beatriz_alcana](https://twitter.com/beatriz_alcana)



[@alcana_beatriz](https://www.instagram.com/alcana_beatriz)



[@beatrizalcana.bsky.social](https://bsky.app/profile/beatrizalcana.bsky.social)



Modepran Valencia

<https://www.protectoramodepran.com/>

Amenaza de Colapso Universal **25**

Ana Saiz



JL se detuvo delante del gabinete de seguridad y se pasó la pata por el corto pelaje de la cabeza y la tripa. Había dormido inquieto, y unos mechones insistían en sobresalir del resto. Carraspeó y pasó su identificación. La compuerta se abrió y una voz metálica lo invitó a pasar.

—Buenos amaneceres, agente de nave N-234 —se presentó al llegar al centro de la sala, mientras trataba de disimular, con poco éxito, el mechón de la tripa poniendo por delante la tableta holográfica.

Al otro lado de la mesa se sentaban varios altos cargos, entre los que distinguió al capitán, la jefa de seguridad universal, la jefa de la brigada de rescate y el responsable de relaciones interplanetarias. No había asiento para JL, y lo agradeció; incluso estando de pie sobre las patas traseras y ellos sentados, casi le doblaban el tamaño. Volvió a carraspear y empezó a hablar sin esperar a que se lo pidieran.

—Tenemos noticias de los agentes H-007 y H-009, misión secreta ACU-8CJH67PH+CV del planeta VL-SS-03. Solicitan rescate de urgencia 3. Según informan...

El responsable de relaciones interplanetarias levantó la pata para que se detuviera.

—¿Tenemos una *Amenaza de Colapso Universal* en el planeta VL-SS-03? Si son inofensivos. La vez que estuvieron más cerca de la destrucción fue cuando aquellas bombas atómicas, y aun así solo supusieron un riesgo para ellos mismos.

—Agente N-234, informe de la naturaleza de la misión —pidió el capitán.

—Sí, señor, enseguida, señor. Hace dos ciclos se detectó en la superficie del planeta VL-SS-03 una repentina explosión cegadora sin precedentes...

—Lo más preocupante, aparte de su intensidad, fue su comportamiento —intervino la jefa de seguridad universal—. No se expandió ni se contrajo, simplemente apareció, y se mantuvo cubriendo la misma extensión con intensidad constante. Continúe, por favor.

JL asintió con la cabeza y notó cómo el mechón volvía a levantarse y le hacía cosquillas en el pico de la oreja. Intentó separarlo disimuladamente, pero no pudo evitar que las miradas de todos los jefes se dirigiesen a ese punto.

—Los agentes H-007 y H-009 se telecronotransportaron a las coordenadas 8CJH67PH+CV del planeta en el momento de la aparición de la explosión lumínica.

—Espero que lo hiciesen con extrema precaución, —interrumpió, preocupado, el responsable de relaciones interplanetarias—, la especie dominante desconoce nuestra existencia y es muy diferente a nosotros.

—Por supuesto, enviamos a los mejores agentes —respondió la jefa de seguridad, airada.

—De ahí viene precisamente la solicitud de rescate, señor —JL se apresuró a cortar la tensión—. Los agentes H-007 y H-009 reconocieron en las inmediaciones lo que parecía ser, cito: —Olvidó por un momento el mechón de la barriga y acercó la tableta a la cara para leer el informe—: «Una brigada de infiltración, por la inmovilidad y la similitud de sus miembros con nuestra especie».

—No recuerdo haber enviado ninguna brigada de infiltración a esas coordenadas.

—No, señora. Cuando los agentes se aproximaron, comprendieron que no eran sino representaciones a tamaño real, realizadas con materiales sintéticos pero sin vida natural ni artificial. Se encontraban alineados en una especie de contenedor que tenía un letrero con la palabra nativa «Tómbola».

El responsable de relaciones interplanetarias ahogó un grito mientras se tapaba la boca con la pata, y buscó algo en su tableta holográfica. Después de observarlo brevemente, el resto de los jefes se volvió de nuevo hacia JL, conminándolo a continuar su relato de los hechos.

—Se disponían a abandonar el lugar cuando escucharon, cito: «Un sonido como de bocina, un grito de euforia y unos aplausos». Inmediatamente, un nativo del planeta los agarró por la cabeza y se los entregó a dos crías de la especie. Estas los llevaron a su guarida, y desde entonces se han visto forzados a limitar sus movimientos, por miedo a ser descubiertos, ya que las crías apenas se separan de ellos. Solo han sido capaces de utilizar el telecronocomunicador en una ocasión, para enviar este informe y solicitar la brigada de rescate.

—¡Lo sabía! —El responsable de relaciones interplanetarias proyectó una imagen de su tableta holográfica junto a JL. Ciertamente, tenían muchas similitudes, aunque a la imagen proyectada no se le había descolocado ningún mechón del pelaje—. Las crías de la especie dominante de VL-SS-03 tienen gran aprecio por unos objetos de material sintético, tacto suave y blandito, que se parecen a nosotros. ¡Los llaman peluches! ¡Y acaban destrozados!

—Es imperativo enviar la brigada de rescate —pidió la jefa de seguridad.

—De acuerdo —dijo la jefa de dicha brigada—, analizaremos la información y procederemos a rescatar a los agentes con la mayor brevedad y eficiencia posibles para no destapar nuestra existencia. Pero ¿qué hay de la explosión que fueron a investigar? ¿Existe una *Amenaza de Colapso Universal* real?

Todos los jefes clavaron en JL esos ojos enormes cuyas pupilas brillaban como si contuvieran todas las estrellas del universo, y necesitó carraspear de nuevo antes de seguir.

—Según los agentes, no, señora. Se limitaría a una tradición nativa inofensiva, que se extinguirá sola pasado un tiempo y que podemos esperar observar cíclicamente. Los nativos la llaman, cito: «Encendido del Alumbrado Navideño».



Ana Saiz

Tecnoseñora que escribe y futura hispanista. Nunca ha sido capaz de elegir entre las ciencias y las letras, así que, mientras seguía creando historias, aunque solo en su cabeza, estudió Ingeniería de Telecomunicaciones y empezó a trabajar como consultora informática. Tuvo que ser la crisis de los treinta la que le diera una colleja para que volviese a escribir de verdad, y aquí sigue. Después de más de treinta relatos publicados en revistas y antologías, en 2023 ganó el II Premio Droide de Novelette de Droids & Druids con *Amanecer en Benidormiens*, y en 2024 el premio Ignotus de Pórtico a mejor cuento con *Mi Primera Ouija TM*. Le gusta creer que existe la magia en este mundo y cualquiera puede toparse con ella, y por eso su género favorito es la fantasía urbana, aunque aquí la *urbanidad* se le haya salido un poco de órbita.



[@anasaiz](https://twitter.com/anasaiz)



[@anasaizg](https://www.instagram.com/anasaizg)



[@anasaiz.bsky.social](https://bsky.app/profile/anasaiz.bsky.social)



[@anasaiz](https://www.tiktok.com/@anasaiz)



<http://ana.saizgarcia.net>



Fundación Salvando Peludos

<https://adoptapeludos.es/donaciones/>

Epílogo

Ana Saiz



Menudo viaje, amigos.

Casi sin darnos cuenta, han pasado 25 días como 25 soles, y con ellos hemos podido leer y escuchar otros tantos relatos, artículos, poemas o ilustraciones. ¿Ha sido un trabajazo? Sí. ¿Me muero de pena de que se acabe? Pues también, la verdad.

Si leísteis el prólogo ya sabréis cómo surgió toda esta locura, contado en palabras del propio instigador, además. Así que no me repetiré más que en una parte: las gracias infinitas a las veintitrés personas que no dudaron en subirse a este barco sin saber a qué puerto iba a llegar. Y, por supuesto, también a quienes nos habéis seguido, leído, escuchado, compartido, difundido y comentado día tras día. Ha sido un auténtico honor saber que esperabais a la medianoche para abrir vuestro bomboncito del día, o que lo tomabais con el café de la mañana, o camino al trabajo, o en modo atracón, porque quién no ha acabado pegándose un atracón con un calendario de Adviento. Vuestro calorcito ha hecho que todos los esfuerzos valieran la pena.

Si me conocéis (y si no, ya lo siento por adelantado), sabréis lo que me gusta a mí contar los procesos que están detrás de cualquier cosa. Así que no podía dejar pasar la oportunidad de escribir un epílogo sin añadir al prólogo un poquito de cómo fue el devenir de los acontecimientos desde que en aquel viaje David me dijo aquel “y si...”.

Lo primero es que, aunque él conoce ya a bastante gente del mundillo literario fantástico nacional, yo llevo más tiempo moviéndome en él y, a lo tonto, he llegado a hacer bastantes amigos, porque decir contactos, además de feo, se quedaría bastante corto. Últimamente le he escuchado mucho la expresión “parálisis por análisis”, y eso fue lo que me pasó cuando me preguntó a quién invitaríamos a participar. Me vinieron tantos nombres a la cabeza que casi me mareo (recordemos que íbamos en el coche), así que saqué el móvil para hacer una lista y casi me mareo más (llevo mal lo de mirar el móvil cuando hay curvas).

Y es que me salía gente que me habría gustado que participara como para hacer al menos diez calendarios de Adviento. Y era durísimo elegir, sobre todo por miedo a que alguien se sintiera excluido, que siempre es un riesgo cuando se hacen las cosas por invitación. Así que tomamos la decisión salomónica de decírselo primero a la gente con la que había más confianza para que me mandasen a la mierda, hablando en plata.

Porque estábamos a finales de octubre y el mensaje que recibieron estas personas fue algo como esto: “Hola, vengo con una liadilla”. Después les contaba la idea y les decía las condiciones: “Habría que escribir algo de género fantástico y relacionado con la Navidad, de máximo 800 palabras y para entregar el 15 de noviembre, para que nos dé tiempo a prepararlo todo antes del 1”. Finalmente acababa con “Si quieres, puedes mandarme a la mierda” (no exactamente así, pero la idea venía a ser esa).

Para mi sorpresa, absolutamente nadie me mandó a la mierda. Sí que hubo quien dijo que no sabía si le daría tiempo, quien dijo que 800 palabras eran pocas o quien se declaró demasiado Grinch para el reto. También hubo conversaciones de este tipo:

—¿Pero tiene que ser cuqui?

—No, no, queremos que seas tú misma.

Y es que eso queríamos, que hubiese variedad, y que, encima del poco plazo que les dábamos, no íbamos a pedirles salirse de su estilo. Que hemos leído a cada una de las personas a las que invitamos y nos gustan sus historias y su manera de contarlas, y queríamos ver eso mismo aquí. Después también es verdad que ha habido quien se ha ceñido más a lo que solemos leer suyo, y quien ha decidido salirse de su zona de confort o aprovechar para experimentar con otras cosas, y esto ha sido absolutamente maravilloso porque al final el objetivo también era que todo el mundo disfrutase el proceso y el resultado es aún más variado de lo que habríamos podido esperar.

Hemos tenido fantasía clásica, fantasía urbana, fantasía oscura, ciencia ficción, terror, humor, romance, recomendaciones para gastar los cuartos, ensayos sobre literatura navideña... Todas las obras han sido completamente diferentes, y estoy convencida de que si lo hubiésemos pedido a propósito no nos habría salido tan redondo. Cada vez que leíamos algo de lo que nos entraba nos quedábamos con la boca abierta.

Total, que todo el mundo dijo que sí, pero sabiendo también que *shit happens* y que el *adulthood* es muy jodido, aún más cuando se acerca el final del año, decidí invitar a 24 personas y quedarme en reserva por si a alguien al final le pasaba la vida por encima y no podía. ¿Y qué pasó? Pues que dos días más tarde ya teníamos dos relatos en el buzón, y llegado el 15 de noviembre teníamos todas las obras. Y claro, yo ya tenía una idea en la cabeza, ¿qué hago, no meto mi propio relato en una antología que coorganizo? Ni hablar. Así que por eso este calendario de Adviento ha tenido 25 días en lugar de 24.

Una vez que todo el mundo aceptó el reto, vino una vorágine organizativa que bien podría convalidarnos un *PMP Fundamentals* (siento el chistecito especializado). Queríamos mantener un cierto misterio también entre las personas que participaban, así que creamos un grupo de difusión para ir informando de todos los avances, que fueron los que os voy a contar ahora.

Inicio de la parte para frikis.

Primero vino recoger las obras, corregirlas y pasárselas a David para que empezase a audioficcionalas y ponerles los efectos y la música (compuesta por él). También empezó a preparar una web que nos permitiera tener un calendario que cambiase cada día.

Mi deformación profesional de tecnoseñora (y el poco tiempo que teníamos) me hizo querer automatizar todo lo máximo posible, por lo que pedí a los autores que subieran su obra y todos sus datos a un formulario de Google que me dejó todo en una preciosa tabla que no imagináis lo que me facilitó la vida.

Una de las grandes dudas era cómo repartir las obras a lo largo de los 25 días, así que lo hicimos de la siguiente manera. Primero, les dejamos elegir día en el formulario, si querían. Después, entre las que no tenían día asignado, hicimos un sorteo. Pero claro, con eso nos encontramos que a lo mejor quedaban muy pegadas dos del mismo género o tono, así que hicimos algunos ajustes. Y estamos muy contentos con cómo quedaron al final.

La mitad de la maquetación en PDF me la hizo Microsoft Publisher bebiendo directamente de esa tabla de Google. Las tres cuartas partes de la maquetación en EPUB la hice con dos scripts tontísimos que me cogían la tabla y me generaban los archivos HTML que después abría en Sigil y solo necesitaba retocar cuatro cosas. El CSS del estilo lo dejé sencillísimo pero efectivo, para tampoco complicarme la vida.

Una vez que tuvimos la web lista, hicimos un playbook de Ansible que cada día copiaba la imagen, los archivos y los enlaces correspondientes para que pudieseis tener acceso a ellos a las 12 de la noche. Aprendimos muchas cosas sobre el paso de aplicaciones a producción, sin ser nosotros nada de eso. Cualquiera que haya desarrollado deprisa y corriendo (o incluso sin ser deprisa y corriendo) sabe lo que pasa con estas cosas: las pruebas fueron estupidamente, pero el día del paso a producción (el 30 de noviembre, cuando salió el prólogo) hubo una tontería tan grande como una palabra olvidada donde no debía (la palabra *test*, concretamente), que hizo que tuviésemos que estar corrigiendo el código desde el móvil en la habitación de un hotel de Barcelona. Otra buena mala pasada es la que te juegan las cadenas de caracteres y los enteros. ¡Ay, las cadenas de caracteres y los enteros! Que todo había funcionado guay porque habíamos estado haciendo las pruebas en días con dos cifras, pero cuando llegó el día 1 tampoco funcionó porque no pusimos un *int* donde tocaba. Y otra vez a las tantas en la habitación del hotel de Barcelona solucionando las cosas (esta vez ya con un portátil). Después creo (creo) que todo fue más o menos rodado. Lecciones aprendidas, para la próxima.

La parte gráfica la hicimos toda con Canva y con recursos del propio Canva y de Flaticon (mi eterno agradecimiento a Umeicon por darnos semejante colección de iconos donde

era raro no encontrar alguno que encajase a la perfección con cada obra). Y las redes las programamos en la medida de lo posible, pero al final, como siempre, son el trabajo más ingrato.

Fin de la parte para frikis.

Una de las preguntas que hicimos a los autores era si les gustaría que les añadiésemos a un grupo de Telegram, y la respuesta a esto también fue unánime. Tengo que reconocer que fue muy emocionante ver en un mismo grupo a gente que conozco de círculos diferentes, desde hace años o solo meses, a la que aprecio y admiro muchísimo.

También fue emocionante ver sus reacciones al conocerse o reconocerse, y el apoyo a cada una de las obras que han ido saliendo cada día. Me gustaría poder decir que hemos creado una pequeña familia ahí, y que vamos a seguir apoyándonos en el futuro y, quién sabe, quizá dando la bienvenida a nuevas incorporaciones.

¿Habrá Adviento Fantástico 2025? Solo el tiempo lo dirá. De momento, seguid disfrutando de este, y pasad felices fiestas.

Ana Saiz





<https://www.advientofantastico.org>

Audioficciones disponibles en los siguientes canales:

[Spotify Sonos Sonoros](#)

[YouTube Sonos Sonoros](#)